

H
900-13
No.5
Ene.1989
ej.1

HISTORIA

NUEVAS LECT

5

FERNANDO SOTO APARICIO

LA ESTRECHA RELACION ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA E HISTORIA

¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?



Publicaciones del Magister en Historia
UPTC

Fernando Soto Aparicio

Comité Editorial

JORGE PALACIOS PRECIADO
JAVIER OCAMPO LOPEZ
INES PINTO ESCOBAR
PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ

**LA ESTRECHA RELACION
ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA
E HISTORIA**

¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?

¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?



Pedidos:

Programa de Maestría en Historia UPTC
Cuarto de San Agustín
Cra. 8a. entre Calles 23 y 24
Apartado Aéreo 1091 Tel.: 43 43 38
Tunja, Boyacá, Colombia

Nuevas Lecturas de Historia

No. 5

Comité Editorial

JORGE PALACIOS PRECIADO
JAVIER OCAMPO LOPEZ
INES PINTO ESCOBAR
PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ

LA ESTRECHA RELACION
ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA
E HISTORIA
¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?

Pedidos:

Programa de Magister en Historia UPTC
Claustro de San Agustín
Cra. 8a. entre Calles 23 y 24
Apartado Aéreo 1094 Tel.: 42 43 36
Tunja, Boyacá, Colombia

No. 5

EJL

H 000 004686

Fernando Soto Aparicio

Primera Edición: Enero de 1989

Tabla de Contenido
Dijo de la Contraseña
Ing. Gedemio Jorge Gómez Suárez

LA ESTRECHA RELACION
ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA
E HISTORIA

¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?

Introducción	9
1. Consideraciones Generales	11
2. Sobre Camino que Ando	13
3. ¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?	14
4. La Novela Histórica	14
5. LA FUNDACION HISPANICA DE LA CIUDAD DE TUNJA	17
6. ¿CÓMO SE INVESTIGA PARA UNA NOVELA HISTÓRICA?	19

ANEXO DOCUMENTAL

Acerca de la Novela Camino que Ando	29
Segmentos de la Novela Camino que Ando	33



Publicaciones del Magister en Historia
Escuela de Posgrado de la Facultad de Educación
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Tunja, Boyacá, Colombia

IMPRESO EN LA EDITORIAL UPTC - TUNJA - COLOMBIA 1989

Fernando Soto Aparicio

Comité Editorial

JORGE PALACIOS

JAVIER OCAMPO

PEDRO GUSTAVO

Primera Edición: Enero de 1989

Dibujo de la Contraportada:

Ing. Geógrafo Jorge Gómez Suárez

LA ESTRECHA RELACION ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA E HISTORIA

¿Cómo se investiga la Novela Histórica?
AÑO DEL TRISESQUICENTENARIO
DE LA FUNDACION HISPANICA DE LA CIUDAD DE TUNJA
1539 — Agosto 6 — 1989



Publicado:

Programa de Maestría en Historia

Centro de Estudios

Cra. 14, entre Calles 22 y 24

Apartado Aéreo 1025 Tunja

Publicaciones del Magister en Historia

Escuela de Posgrado de la Facultad de Educación

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Tunja, Boyacá, Colombia

IMPRESO EN LA EDITORIAL DE LA UPTC — TUNJA — COLOMBIA

La estrecha relación entre Literatura, Filosofía e Historia

LA ESTRECHA RELACION ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA E HISTORIA

	Págs.
Introducción	9
1. Consideraciones Generales	11
2. Sobre Camino que Anda	13
3. Sobre Palabra de Fuego	14
4. Toda Novela es Histórica	14
5. Epílogo	17
¿COMO SE INVESTIGA PARA UNA NOVELA HISTORICA?	19

ANEXO DOCUMENTAL

Acerca de la Novela Camino que Anda	29
Segmentos de la Novela Camino que Anda	33

de una gran variedad de escritores, que abarca ya más de 37 años, la de hoy ocupa un sitio muy especial. No solo por la importancia nacional de la Academia de Historia de Boyacá, y por el prestigio intelectual de quienes la forman, sino por la presencia de la Universidad, que es el corazón y el pensamiento de Boyacá, irradiado hacia los cuatro puntos cardinales de Colombia.

Para cumplir este gesto de la Academia, al recibir en su seno, he escrito algunas consideraciones sobre la estrecha relación que existe entre Literatura, Historia y Filosofía, aplicándolas a las 18 novelas que representan una parte del aporte a la mejor comprensión del mundo y del hombre latinoamericano.

I. CONSIDERACIONES GENERALES

El hombre es al centro del universo. Pequeño en su finitud, grande en su rebeldía, hecho a imagen y semejanza de Dios, pecador porque el pecado está en su naturaleza, propenso al arrepentimiento, cauce de las lágrimas y blanco inequívoco de la felicidad. Permanente en su deseo de saber y de ampliar los horizontes, limitado por la cáspera de su materia, inmerso en su ser, razonador del agua que no le tiene nunca, pregunta disparada al corazón de la eternidad y siempre sin respuesta. Precioso en su existencia, su vida y delirante de puertas que se abren y se cierran, casa de ventanillas clausuradas por donde se repete la eterna la primera y última pregunta que es la esencia de la creación, ¿masacerada por el dolor y depositaria del tenoroso nuevo de la muerte. El hombre, es todo.

La estrecha relación entre Literatura, Filosofía e Historia

FERNANDO SOTO APARICIO
Miembro Correspondiente
de la Academia Boyacense de Historia

Introducción

Dentro de mi ejercicio profesional de escritor, que abarca ya más de 37 años, desde que mis primeros poemas fueron publicados a mis 17 años, he recibido muchas satisfacciones, entre ellas algunos premios internacionales. Pero dentro de esas alegrías espirituales que estimulan el solitario trabajo del creador literario, la de hoy ocupa un sitio muy especial. No solo por la importancia nacional de la Academia de Historia de Boyacá, y por el prestigio intelectual de quienes la forman, sino por la presencia de la Universidad, que es el corazón y el pensamiento de Boyacá, irradiado hacia los cuatro puntos cardinales de Colombia.

Para retribuir este gesto de la Academia, al recibirme en su seno, he escrito algunas consideraciones sobre la estrecha relación que existe entre Literatura, Historia y Filosofía, aplicándolas a las 18 novelas que representan una parte de mi aporte a la mejor comprensión del mundo y del hombre latinoamericano.

Se así como en esta búsqueda de la verdad, en un espacio y un tiempo históricamente determinados, la filosofía se hace historia, como tal, lo que constituye el espíritu del hombre considerado dentro de su circunstancia.

Primera Edición: Enero de 1980

Tabla de Contenido

LA ESTRECHA RELACION ENTRE LITERATURA, FILOSOFIA E HISTORIA

Página	
9	Introducción
11	1. Consideraciones Generales
13	2. Sobre Camino que Anda
14	3. Sobre Palabras de Fábula
14	4. Sobre Novelas de Historia
17	5. Epílogo
18	6. COMO SE INVESTIGA PARA UNA NOVELA HISTORICA
ANEXO DOCUMENTAL	
29	Apéndice de la Novela Camino que Anda
33	Fragmentos de la Novela Camino que Anda

2. SOBRE "CAMINO QUE ANDA"

1. CONSIDERACIONES GENERALES

El hombre es el centro del universo. Pequeño en su finitud, grande en su rebeldía, hecho a imagen y semejanza de Dios, pecador porque el pecado está en su naturaleza, propenso al arrepentimiento, cauce de las lágrimas y blanco esquivo de la felicidad. Permanente en su deseo de saber y de ampliar los horizontes, limitado por la cáscara de su materia, infinito en su sed, racionador del agua que no lo llena nunca, pregunta disparada al corazón de la eternidad y siempre sin respuesta. Dueño del mundo que es siempre ancho y ajeno, destinatario de la redención, razón de ser del Reino de Dios que para existir tiene que estar lleno de hombres. Práctico en lo minúsculo, soñador desafortunado, cruce de relámpagos en la tormentosa noche de la memoria colectiva, sufriente y delirante de puertas que no se le abren nunca, casa de ventanales clausurados por donde de repente se mete la luz primigenia que es esencia de la creación, masa lacerada por el dolor y depositario del tenebroso huevo de la muerte. El hombre, es todo.

La historia comienza con el hombre, nace con él, porque sólo él es capaz de historia. Hacer historia es existir. Y en este quehacer esencial que es la existencia, realizamos día a día el arte de vivir, de ser nosotros mismos, arte para el cual somos sujetos únicos e insustituíbles.

Es precisamente en esta difícil tarea de vivir, de existir como hombres, dueños de una significación existencial y de un sentido histórico propios, en el que vamos gestando comunitariamente la historia de nuestras naciones, en la cual somos actores o espectadores, maestros o discípulos, elementos de progreso o de retraso, todo esto dentro de los horizontes de un mundo en desarrollo; mundo que clama por una comprensión del ser, de su origen y su destino, de sus prerrogativas y sus limitaciones, de sus ataduras en la tierra y sus aspiraciones en el infinito.

Es evidente que nuestros pueblos avanzan hacia el cambio en todos los niveles de su actuar: político, económico, religioso, social. La historia está ahí, ante nuestros ojos, no para copiarla porque sería convertirnos en extraños a nosotros mismos, sino para desentrañar su axiología implícita.

A partir de una óptica latinoamericana, la función de la Literatura, la Filosofía y la Historia se orienta hacia la elaboración de una hermenéutica del devenir de nuestro continente, para extraer la savia de los siglos y hacer de nuestros pueblos entidades capaces de igualdad, libertad y fraternidad.

Es así como en esta búsqueda de lo nuestro, en un espacio y un tiempo históricamente determinados, la filosofía se hace historia, como todo lo que concierne al ámbito del hombre considerado dentro de su circunstancia.

La estrecha relación entre Literatura, Filosofía e Historia

FERNANDO SOTO APARICIO
Miembro Correspondiente
de la Academia Boyacense de Historia

Introducción

Dentro de mi ejercicio profesional de escritor, que abarca ya más de 37 años, desde que mis primeros poemas fueron publicados a los 17 años, he recibido muchas estimaciones, entre ellas algunos premios internacionales. Pero dentro de estas estimaciones espirituales que estimulan el trabajo del creador literario, la de hoy ocupa un sitio muy especial. No solo por la importancia nacional de la Academia de Historia de Boyacá, y por el prestigio intelectual de quienes la forman, sino por la presencia de la Universidad, que es el corazón y el pensamiento de Boyacá, trazado hacia los cuatro puntos cardinales de Colombia.

Para tributar este gesto de la Academia, el reclamo en su seno, he escrito algunas consideraciones sobre la estrecha relación que existe entre Literatura, Historia y Filosofía, aplicándolas a los 18 niveles que representan una parte del aporte a la mejor comprensión del mundo y del hombre latinoamericano.

Es una filosofía pensada en, desde y para América Latina la que actúa en nosotros como una autoconciencia que nos impulsa a encontrar el contenido concreto de nuestra historia, y por lo tanto, al sujeto de la misma; sujeto que no es otro que el espíritu de nuestro pueblo. La realización de este objetivo constituye la razón histórica de la Filosofía.

Hallar el contenido real de la historia es también el objeto de una búsqueda, no menos anhelante, por parte de la literatura.

El interés suscitado por las gestas emancipadoras, el perfil biográfico de los próceres, la constitución política de las naciones, lleva a la literatura a hacer historia no en la rigidez del texto considerado en cuanto tal, sino impulsando al escritor a retomar la historia en sus parámetros fundamentales, con la finalidad de crear conciencia histórica a través de la palabra estética. De ahí que la historia sea también palabra dada a la conciencia de los pueblos.

En la novela histórica aparecen las raíces étnicas, las causas endógenas y exógenas de su ser político, y la acción de los factores socio-estructurales como determinantes de nuestra cultura mestiza.

Si es cierto que la historia en cuanto a vivencia y facticidad nace con el hombre mismo y se confunde con su quehacer cotidiano ya sea éste prosaico o heroico, también lo es que la historia como palabra escrita, ciencia del pasado, logos de la humanidad, emerge del intelecto de los pueblos, se concretiza en los acontecimientos que determinan el paso de una época a otra y se plasma en la conciencia de los hombres a través de la palabra del escritor, palabra que actúa como fuente nutricia para el espíritu y la vida.

Leer la historia lleva a meditar en el pasado, en las luchas, fracasos y progresos sobre los cuales se ha edificado el presente; lleva al análisis del hoy, que en la magia tiránica del tiempo es en forma simultánea pasado y presente y futuro porque cada segundo que cae como un grano de arena en el reloj inmenso de la eternidad pertenece a los tres círculos de tiempo que marcan el devenir del hombre; y posibilita la construcción del futuro, del cual no puede hacerse historia sino una vez que se haya convertido en pasado, pero que de todos modos está incluido en esa breve palpación que es la vida humana. En esta forma, la conciencia histórica se hace una fuerza dialéctica que impulsa el destino de los pueblos más allá de sus limitaciones y muchas veces a contravía de sus esperanzas.

Y una observación final a este respecto: es evidente que literatura, filosofía e historia, tienen una labor epistemológica conjunta: situar histórica y prácticamente la pregunta sobre el hombre y sobre el sentido radical de su existencia.

2. SOBRE "CAMINO QUE ANDA".

El novelista está, como hombre, inmerso en la historia. La historia es como un camino que se hace al vivir: es un camino que anda. Viene del pasado y va al futuro. El novelista analiza el pasado, capta el presente y con base en ellos dos imagina el futuro. CAMINO QUE ANDA se escribió desde el más remoto pasado de nuestras culturas aborígenes; desde las ceremonias, los ritos y las pasiones del pueblo muisca. Ahí empieza el libro, y abarca, a través de Amanecer, símbolo por excelencia de América Latina, cuatro círculos de tiempo perfectamente definidos.

Suaty Amanecer, la compañera de la cacica de Guatavita, la que vivió junto a ella el secreto de su infidelidad que determinó su muerte, es una de las vertientes del mestizaje; patria asombrada por el mundo que descubre, ligada a las presencias desconocidas de los dioses que determinan los nacimientos y las muertes, las cosechas y las tempestades. Amanecer de los Angeles, descendiente de los negros que llegaron a nuestras costas agonizando en las sentinas de las grandes naos, tiene toda la magia de su tierra africana, de sus mitos y sus creencias. Es otra de las vertientes de la misma patria, en el momento en que las razas vuelven a cruzarse, confundándose no sólo sus alientos en el acto del amor sino sus conceptos éticos y sus formas de vida. Amanecer Fernández, la amante de José Antonio Galán, es la patria mestiza que empieza a sacudirse el yugo del invasor; es como un relámpago apasionado y tenso que cruza los cielos de América buscando un futuro de libertad. Y Amanecer Domínguez es la suma de todas ellas, es ya la patria analítica que pierde la vergüenza de su mestizaje y hace de él un motivo de orgullo y de soberbia. Esta Amanecer cuatro veces repetida es América Latina viviendo en cuatro círculos y buscando a través de ellos, como en las escalas de una pirámide, llegar a la cima de su autenticidad y de su afirmación dentro del concierto universal.

CAMINO QUE ANDA se escribió como producto de unos años de estudio sobre la problemática latinoamericana; se escribió por la necesidad de recontar la historia, contra la historia misma, si era preciso. CAMINO QUE ANDA no es un texto de historia, frío, esquemático, lleno de fechas y porcentajes, sino un texto vibrante, tremendamente vivo. La diferencia entre la historia propiamente dicha y la novela histórica, es que ésta convence, sacude, estremece, obliga al lector a tomar partido. Tal vez nadie recuerde cuál fue la cifra de africanos llegados a Cartagena de Indias en el mil seiscientos, pero los lectores recordarán siempre a Amanecer de los Angeles, sus cantos, sus danzas, su vibración sexual que es como un viento loco que sacude los conventos cartageneros y se mete desde las naves sombrías de las iglesias hasta los manzanillos de la Ciénaga y las fauces oscuras de la Inquisición, que atraviesa las hogueras sin incendiarse y que se mete en los vestidos y los encajes de Lorenzana de Acereto sin perder por eso el relumbre negro de su piel ardida por todos los soles del mundo.

En CAMINO QUE ANDA no se ha olvidado nada. Y nadie puede decir que lo que en ella se cuenta, sea mentira. La novela se miró largamente en el espejo de la historia; pero después dejó de mirarse y comenzó a ser ella misma.

3. SOBRE "PALABRA DE FUEGO".

Esta novela resume la tradición profético-mesiánica sobre Jesús, Dios y Hombre, y le da dimensión histórica en la vida del cura paez Jesús Ulcué, y en la lucha de los paezes por recuperar su derecho a la tierra. La búsqueda de identidad que realiza el pueblo paez interpela al lector, posibilitando la ética de un compromiso que debe realizarse como una obra de justicia dentro del movimiento fáctico de la historia.

Lo que hay de realidad en PALABRA DE FUEGO se relaciona con la vida y la muerte de Cristo. A través de mis años y mis libros, mucha gente no ha entendido mi posición frente a Dios. Esta novela quizá sirva para clarificarla. Yo soy un místico cristiano. Pero el cristianismo de ahora ¿es el mismo que predicó Jesús en sus peregrinaciones por Galilea? Yo sé que no, todos quienes pensamos un poco sabemos que no. Este libro trata de sacudir a la Iglesia y de mostrarle de qué manera el cristianismo se le ha escapado de las manos, y cómo América Latina, cinco siglos después de la Invasión, sigue siendo un continente sin evangelizar. La figura de Jesús, que pasa por las páginas de esta novela como un viento de luz y de música, como un relámpago eternizado sobre la oscuridad del hombre, es la parte de la historia. Aunque, como lo veremos más adelante, también todo lo demás es historia ya que, como lo dije al comienzo, el hombre es historia y la historia se hace, como la literatura, como la filosofía, como la religión, en razón del hombre.

¿Cómo le habla el Cristo de PALABRA DE FUEGO al hombre? Veamos las últimas frases del Sermón de la Montaña:

"Mi Padre no castiga: recompensa. Mi Padre no juzga: perdona. Mi Padre no destierra: llama. Mi Padre no rechaza: busca. Mi Padre no oprime: libera. Mi Padre no condena: ama. Mi Padre no se le impone al hombre como un guardián, sino que espera silencioso y transido de amor a que el hombre lo invite para que entre los dos hagan el camino".

La esencia de PALABRA DE FUEGO es mostrar un Dios de amor, y condenar a quienes cometieron el pecado imperdonable de utilizar a Dios para asustar al hombre.

4. TODA NOVELA ES HISTORICA.

Esta afirmación puede parecer casi una irreverencia, pero yo la he sostenido siempre. Y para confirmarlo, quiero que veamos muy brevemente cómo mis

16 novelas restantes, descontadas CAMINO QUE ANDA y PALABRA DE FUEGO, son historia.

LOS BIENAVENTURADOS, es una historia de hace veintiocho años, y también de hoy, y presumiblemente, por desgracia, del futuro. Es real la actitud de los que prestan con usura, de las autoridades tentadas por el poder del dinero, de la indiferencia clerical y oficial ante los desposeídos; es historia la diáspora que desde el campo conduce a los tugurios de las ciudades donde el hombre pierde su dignidad para reducirse a un grito contenido de rebelión y de cólera.

Como la obra anterior, LA REBELION DE LAS RATAS también es una historia de esta sociedad nuestra donde la víctima es el más débil. Timbalí es un pueblo enclavado en la geografía histórica de América, y Rudecindo Cristancho es un hombre históricamente válido y profundamente vivo. Su revuelta se va a seguir gestando mientras haya en el mundo un ser desprotegido y olvidado, y otros que exploten para su provecho esa desprotección y ese olvido.

Estamos viendo todos los días la historia contada en MIENTRAS LLUEVE. Los códigos de este país de leguleyos están escritos como más allá del hombre o desentendiéndose de él. Las cárceles siguen siendo nidos de homosexualismo y de ocio. La realidad continental está viva en esta novela escrita con sangre y con lágrimas, desde el último fondo de la soledad.

¿Qué es DESPUES EMPEZARA LA MADRUGADA, sino una síntesis de un cuarto de siglo en la historia de Colombia? Ahí está el nacimiento y la progresión terrible de la violencia a través de los años, su afianzamiento sobre la piel de la patria, su actual proyección como una neblina que oscurece los paisajes y que tapa los horizontes. Todos los hechos narrados en el libro, desde la persecución inicial hasta la dispersión definitiva, pertenecen a la historia contemporánea de nuestros pueblos.

MUNDO ROTO es la radiografía de este mundo convulsionado, que va del caos a la anarquía y de allí a la revuelta y luego a la esporádica búsqueda de la paz. Los personajes que cruzan el ámbito de la novela son casi tangibles de tan reales, y su problemática es la que estamos viviendo, es la incertidumbre nuestra de cada día.

En EL ESPEJO SOMBRIO, la historicidad es tan evidente como en todas las anteriores. Además, la novela —toda novela— constituye un hecho cultural, y todo hecho cultural es historia, corresponde a la historia hecha y vivida por el hombre como autor y protagonista. Ese Alberto Franco que en esta obra va del miedo a la venganza y al perdón, es un personaje tan evidente como la violencia, que al final será vencida porque puede más en él un deseo de fraternidad, y porque allí lo conduce esa revolución por excelencia que es el amor.

VIAJE AL PASADO, es eso, la relación de un viaje hacia el ayer sepultado entre las ruinas de la memoria, que son las mismas ruinas sombrías y trágicas de la Casa del Valle. El reencuentro con el ayer lleva a una revisión de la existencia, vale decir, a una revisión histórica, con base en la cual se logra no solo aclarar una serie de conceptos sino a convertirlos en normas de vida.

VIVA EL EJERCITO tiene como fondo histórico las heridas y las muertes que causan los enfrentamientos entre dos ideologías, cada una de las cuales defiende una posición y trata a su manera de crear conciencia histórica. Pero esos personajes sin nombre, esos símbolos de la destrucción y de la muerte, dan una dimensión de la actualidad, del mundo del presente, al que se disputan por lo general dos fuerzas irreconciliables.

En LA SIEMBRA DE CAMILO, no hay solo un personaje histórico: Camilo Torres. También el receptor de su palabra, el destinatario de su siembra, Florentino Sierra, el pegador de afiches, es tan real como él, tiene un peso histórico equivalente. Y el análisis que allí se hace de una sociedad decadente, marcada por una rotunda negatividad, es válido para incorporarse a un texto histórico que quizá esté todavía por escribirse.

Lo que sucede en VIAJE A LA CLARIDAD, le dá a la novela un sabor íntimo de realidad en medio del sueño y de la desafortada imaginación de la protagonista. Esa niña violada, ese padrastro violador, ese pueblo de una religiosidad absurda y apabullante, esa casa construída no con ladrillos sino con palabras, no centímetro a centímetro sino sílaba a sílaba, son, existen, tienen un lugar en el tiempo, una ubicación determinada.

Anclada en hechos recientes que conmovieron al país, y que con una medida similar aunque con diferentes protagonistas tienen asiento en todos los rincones del mundo, PROCESO A UN ANGEL hace la historia de la milagrería, de los nuevos redentores a los cuales el hombre siempre acaba crucificando. La indiferencia de la Iglesia y el Estado frente a este tipo de situaciones es un común denominador, tiene unos parámetros precisos y reconocibles.

En PUERTO SILENCIO encontramos la mujer antitética de Amanecer Domínguez. Si ésta es toda claridad de conceptos, toda afirmación de libertad y de opciones de cambio, Pastora Santos es la mujer que aliena y esclaviza. Y tanto ella como sus hijas son elementos constitutivos de la historia que estamos escribiendo con el simple hecho de vivir.

LOS FUNERALES DE AMERICA es profundamente nuestra, y en ella no solo son reales los hechos, sino muchos de los personajes que los viven. La situación latinoamericana allí reflejada es tan cierta, que ya han empezado a deformarla los malcontadores de la historia, que nunca faltan, y a los que guían diversos intereses. Pero el novelista está presente, es un ojo avizor, una conciencia múltiple en

permanente plan de vigilancia para que no se escape nada, para que nada se quede sin contar.

Del fondo de las edades viene el hombre, y del fondo del hombre viene la búsqueda de Dios. Esto es HERMANO HOMBRE, donde Marino Altamar es el símbolo de toda la angustia contemporánea. Quizá él demuestre un hecho histórico trascendente: la gran tragedia del hombre es que tiene tiempo para las preguntas, pero no lo tiene para las respuestas.

Lo que se narra en LA CUERDA LOCA, es la historia de las instituciones que pretenden regir a nivel mundial las relaciones entre los países. Esos ciento sesenta delegados, derrochando un torrente de oratoria sobre la paz mientras el mundo empieza la Tercera Guerra, son patéticos pero evidentes. Y ese atentado terrorista que viaja a través de todas sus páginas para estallar en la última, ¿no es un reflejo de la historia que vivimos, con el alma estremecida de angustia?

Finalmente, hablemos de LA DEMONIA. ¿Es historia? Desde luego que sí, la historia un poco mágica y un poco mítica de hoy, de los medios de comunicación, del bombardeo que el hombre recibe para obrar o dejar de obrar, para ir o devolverse, para avanzar o retroceder. No hay nada tan vivo como esa historia que se hace no con la palabra docta del ensayista sino con su propia palabra balbuciente, una palabra en construcción o en cambio, una palabra que es, como el hombre, variable y llena de altibajos, siempre afirmándose y borrándose en el camino del tiempo.

5. EPILOGO.

América Latina es un pueblo joven, que pasa por el período adolescente del inconformismo y de la revuelta. Todavía le queda mucho camino por andar para llegar a una reposada vejez al estilo europeo. Nosotros vamos andando, cambiándolo todo, transformándolo, descubriéndolo. Son esas tareas las que estremecen el continente de un lado a otro, son las que alteran el panorama político, religioso, económico y social. Son así mismo las que se reflejan en la literatura, en la historia y en la filosofía, que de todos modos son tres momentos en la meditación de un pueblo y en su tarea de hacerse a sí mismo.

Toda novela es historia, repito. No la de un hombre destacado o específico, sino la historia del hombre total. No el análisis cuantificado de una sociedad, sino la historia de los cambios sociales. El escritor, a través de su palabra, va creando en el otro esa conciencia histórica que lo justifica y que lo explica, ubicándolo en un lugar geográfico y en un espacio temporal determinado. La novela tomada en su integridad es un hecho histórico de largas proyecciones y maravillosas resonancias. Y esa gran lección que deja la historia, tiene que llevarnos en América Latina a una afirmación nueva y perdurable, luego del período de dudas y de negaciones en que nos debatimos actualmente.

Señores Miembros de la Academia:

Mi propósito es continuar con ustedes en la realización de un proyecto histórico concreto: trabajar para que el hombre cotidiano, el lector de nuestra palabra, se sitúe históricamente, sin renunciar a su universalidad, sin refugiarse en un regionalismo cerrado, sin sustraerse jamás al cumplimiento del imperativo existencial que le corresponde. Yo los invito a que nos unamos al sinnúmero de voces y de voluntades que luchan para hacer del hombre latinoamericano, del ser que fue, del ser que es y del ser que será, un ciudadano del universo.

Tunja, abril 22 de 1988.

¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?

Antes que todo, hay que volver a lo dicho en el capítulo anterior: para mí, toda novela es histórica. ¿Herejía? Quizás. Pero yo sigo considerando que toda novela configura una historia, enmarcada dentro de unos parámetros determinados: el tiempo, la circunstancia, el entorno. Pero el término "novela histórica" se aplica tradicionalmente a aquella que se refiere a un personaje conocido o a unos hechos realmente sucedidos; cosa un poco arbitraria, si se tiene en cuenta que nadie puede demostrar, con razones válidas, que los hechos narrados en una obra de ficción no sucedieron en la realidad.

Volviendo a mi caso, se considera que he escrito, entre 18 novelas, dos "históricas": **Camino que anda**, y **Palabra de fuego**. Sobre todo, la primera. Pero yo me pregunto: ¿no es histórica **Los Funerales de América**? Claro que lo es: ahí se narra el estado angustioso del continente desde el punto de vista político, con nombres propios, con un tiempo marcado y determinado, con una circunstancia exacta y con un entorno conocido. La caída brutal de Allende, propiciada por la CIA y otros entes norteamericanos similares, es algo que pertenece a la historia continental; y en la misma forma pertenece la guerra sostenida en Colombia en los últimos 40 años, guerra que ha ido variando de métodos y quizás de protagonistas esenciales, pero que en el fondo sigue siendo la misma.

Esta novela toma la realidad, esto es, la historia, de una manera tan cotidiana, que hay incluso noticias de periódicos de Bogotá y de Medellín, transcritas en su integridad, y comentadas. Esto, ¿no es historia? Yo pienso que sí, y que desde ahora, los estudiosos de Colombia y de América han ido tomando a **Los funerales de América** como una referencia obligada, para entender el proceso de violentas convulsiones sociales y políticas que vive el mundo nuestro americano.

Pero este artículo tiene un título específico, al que me voy a referir en seguida: ¿Cómo se investiga para escribir una novela histórica? Vamos a aceptar que "novela histórica" es la que tiene como base —según lo dicho anteriormente— un personaje o unos hechos de todos conocidos, e incorporados por esta razón a la disciplina de los estudiosos y al tratamiento de los académicos.

No se trata —y que esto quede bien claro— de sentar unas bases inmodificables. No soy un historiador, soy solamente un escritor, un novelista, un poeta, que desde luego, como entidad humana, ha tenido que relacionarse con la historia: la suya propia y la de su época.

Hablemos en primer lugar de **Palabra de Fuego**. El novelista y crítico Gustavo Alvarez Gardezabal termina en esta forma un artículo analítico titulado "Soto Aparicio usa banderillas": "No será **Palabra de fuego** una obra cargada en las andas de la consagración publicitaria nacional. Pero será una novela por la que tendrán que pasar todos los estudiosos de la Colombia de las dos últimas décadas del siglo veinte, de estos tristes y dolorosos años cuando no pudimos entender si estábamos en guerra o eran los mismos con las mismas; un poco más modernizados". ("El Colombiano", Junio 5/88).

Eso es una novela histórica: aquella a la que volverán los estudiosos de Colombia para conocer la realidad colombiana en las dos últimas décadas del siglo veinte.

Y ¿Cómo nació **Palabra de fuego**? Y en primer lugar, ¿qué es, qué relata?

En 230 páginas se cuentan dos historias paralelas: de un lado, apartes de la vida de Cristo; de otro, apartes de la vida del cura paez Jesús Ulcué. Cristo empeñado en explicar su doctrina, y Ulcué empeñado en explicar la doctrina de Cristo, y en concientizar a los indios paezes respecto a que ellos son los únicos no extranjeros en las tierras de América.

En los 10 capítulos que la forman, hay 10 estampas de la vida de Jesús. ¿Cómo se redactaron? Porque esa es la parte que, en rigor, se llamaría histórica. Aunque la otra, la del cura paez, es también parte de nuestra historia, solo que el sacrificado no se llamaba Jesús, sino Alvaro. Pero veamos la parte de la historia de Cristo.

Para mí, la temática de Dios en mi trabajo literario ha sido constante y permanente. Lo dice la crítica Beatriz Espinosa Ramírez:

"Dios, Hombre y Mundo constituyen el eje filosófico subyacente en toda la obra filosófica de Soto Aparicio, en la que los binomios: Dios-Hombre, Hombre-Hombre, Hombre-Mundo, se plantean y se desarrollan a través de polaridades opuestas como: Ser-Tener; Vida-Muerte; Eros-Tánatos; Iglesia-Estado; Alienación-Liberación, y ubican al autor dentro de la cultura contemporánea universal, puesto que a partir de la realidad y a través del signo lingüístico pasa de la realidad simbólica a la creación y desarrollo de la conciencia histórica de Latinoamérica". ("Agoniza Dios?", publicaciones del Celam, pg. 225).

También lo comenta, en el mismo libro, Luis Carlos Henao de Brigard, así:

"La novela es el ámbito por excelencia del interrogante existencial del ser humano, pero no del hombre abstracto, sino concreto, histórico, y así lo entiende Soto Aparicio. Por eso Dios está ahí, no como un pretexto, ni como un símbolo, no, porque para él Dios no es un problema, como tampoco el hombre: ambos son misterio, y el misterio no se obliga, se nos revela: por eso la búsqueda".

Dios está presente en mi trabajo intelectual desde sus raíces primigenias. Recuerdo que por allá en el año 50, cuando yo iba ya por los 17 años, gané un concurso de guiones para radio con una obra titulada "Las palabras eternas", donde se reconstruía, quizá con una excesiva entonación poética, la pasión de Cristo. Luego, unos años más tarde, escribí el poema "Oración personal a Jesucristo", que se ha reeditado, grabado en discos y casetes, y que es como una lectura obligada en las épocas santas. Para escribirlo, volví a mis lecturas investigativas, no sólo acerca de Cristo en sí, sino de las guerras que en nombre del establecimiento de la paz han asolado el mundo.

Y no hay una sola, en mis 18 novelas, donde no esté Dios; incluso en "La cuerda loca" el silencio de Dios es tan grande, que se oye como un grito. Así que ese Dios, que para mí es un Dios no juez, no castigo, no poder, sino un Dios absolutamente cercano y amigo, como un rayo de sol en la palma de la mano, ha sido mi obsesión a través de más de cuarenta años de creación literaria. Por eso seguí aproximándome a él, y decidí escribir una obra donde su historia se recreara, a mi manera. No a la manera evangélica, porque en los evangelios todos encontramos numerosos vacíos, épocas en blanco, vaguedades.

Releí los evangelios, que casi me sé de memoria. Y por esa época, esto fue hacia 1982, fui enviado a París en una misión diplomática de dos años. Allí continué la búsqueda. Yo no sabía francés, y ví que la casi totalidad de los libros que hablaban de Cristo histórico (Renan, Daniel Roops, Papini, etc.), estaban en ese idioma. Hice un esfuerzo por aprenderlo, leyendo, oyendo, y lo aprendí hasta el punto de poder leer con facilidad y fluidez los libros que me interesaban. Cuando volví de París no traje lo que suelen traer los diplomáticos, un gran "menaje": traje solamente unas cajas llenas de libros.

En esos libros, que subrayo y comento a mi manera, en las márgenes, al final de los capítulos, seguí la pista de los personajes que configuraron el gran drama de la Pasión. Por ejemplo, el joven Marcos: el hijo de María, la dueña de la casa donde Jesús y los apóstoles celebraban las ceremonias de la Pascua, y donde tuvo lugar la última cena. Marcos es un enamorado de la doctrina de Cristo y de su causa y la noche de la traición, cuando los soldados (o la policía de Anás) van a buscar a Jesús a la casa de María, Marcos huye medio desnudo a avisarle del peligro a su maestro.

Y así, como se pueden seguir las huellas de este Marcos, se pueden seguir las de otros personajes: Juana, la esposa de Chouza, que era servidor en casa de Herodes. Y tantos otros, que forman el entramado, el andamiaje que soportaba a las figuras principales. Porque la historia no está solo en quienes la protagonizan, sino en quienes posibilitaron desde abajo la construcción de la gran obra.

En alguno de esos libros, encontré la pista de la permanencia de Cristo en el monasterio de los Esenios, a las orillas del Mar Muerto. Luego, leyendo las doctrinas de los esenios, y releendo las predicaciones de Jesús, encontré muchas similitudes: los hijos de las tinieblas, los hijos de la luz, la ansiosa espera del Mesías, las peregrinaciones al desierto, el trabajo como elemento de oración y de salvación, la comunidad de los bienes, el darle al más necesitado en la medida de sus necesidades. Muchas cosas idénticas. Además, es muy sospechoso que siendo los esenios una de las principales sectas religiosas de la época, ninguno de los evangelistas, ni Juan, ni Jesús, se refieran a ella: quizás eso se explica por el juramento de guardar silencio, que debían hacer los iniciados al entrar a Qumran.

Otra cosa: el único libro donde aparece que José murió cuando Cristo era joven, es un evangelio apócrifo, titulado "La Historia de José el Carpintero". Por qué se aceptó este cuento del evangelio apócrifo, cuando la iglesia sistemáticamente los rechaza? Tal vez para que no desentonaran los evangelios, que en ningún momento destacan la figura de José. Pero yo pienso que José era apenas un mozo cuando desposó a María. Y que sus discrepancias doctrinales con Jesús lo llevaron a alejarse de él. Pero no tenía por qué haberse muerto como un vejete decrepito, que además —y en esto los evangelios le dan a los analistas el pretexto para matar a José— había aportado al matrimonio hijos de otras bodas a quienes los evangelistas llamaron los hermanos de Jesús.

Así, podría hacerme infinito relatando los hechos al parecer mínimos, pero en realidad trascendentes, que encontré a través de la lectura de más de cincuenta libros sobre el tema. ¿Para qué leí tanto? Libros, por ejemplo, como uno de Roops que se titula "La vida cotidiana en Palestina en los tiempos de Cristo", donde se habla de las monedas de la época, los árboles, las flores, las cosechas, los amasijos, las veladas familiares, los vestidos, los duelos, las fiestas. Leí para estar totalmente empapado de la época, para sentirme inmerso en ella, para escribir no desde aquí hacia allá, sino desde allá hacia aquí. Es decir, no contar los hechos como ya sucedidos, sino como si estuvieran sucediendo.

Y así, nació en **Palabra de fuego** la presencia de Cristo, en pocos apartes: su permanencia donde los Esenios, el encuentro con la Samaritana, la redención de Magdalena, sus conversaciones con José, su visita a las reuniones de los zelotes y de los sicarios en compañía de Judas, su meditación en el huerto. Y su sermón de la Montaña, donde hay frases que los evangelistas no dicen que él dijo, pero que quien recrea la historia quiere poner en sus labios porque hacen más dulce su mensaje, más cercano.

Lo demás, es la historia cotidiana, la historia de Colombia: la violencia política y social, el despojo a que los terratenientes someten a los indios callados e indefensos, la indiferencia del Estado frente al desconocimiento de sus leyes, y la comodona postura de la Iglesia que se ha enriquecido para poder predicar, desde su riqueza, el evangelio de los pobres.

Y ¿qué pasó respecto a **Camino que anda**?

El proceso investigativo es similar: la lectura. Que desde luego, nace del deseo de contar la historia de otra forma. Aquí, al novelista, no le interesan los datos estadísticos: le interesa la parte humana de la historia, no su parte exacta o matemática. Le interesa el hombre.

Camino que anda nace de mi necesidad de leer filosofía y de entenderla. Porque yo pude acercarme a todas las disciplinas del humanismo sin mayor problema. Incluso estudié 5 años de psiquiatría. Pero la filosofía siempre me pareció árida, imposible. Y un día, de la Universidad de Santo Tomás me invitaron a participar en un máster que tenía un título prometedor: "Filosofía de la problemática latinoamericana". Yo podía asistir como oyente y participante, sin derecho a optar ningún magister, ya que para eso se precisaba un título académico, que nunca tuve. Pero el asunto me llamó la atención y me metí de lleno en el estudio de una filosofía nuestroamericana, auténtica; y en una revisión de nuestra historia, y en una utópica pero maravillosa revolución latinoamericanista que tuviera como centro y destinatario y directo beneficiario al hombre nuestroamericano.

Revisando la historia, pensé que yo podría re-escribirla. Que no era ninguna gracia que yo me formara un concepto distinto al de los libros tradicionales, si ese concepto no era compartido por mucha gente. Y pensé que la única manera de que mi pensamiento y mi modo de ver la historia se conociera, era a través de uno de mis elementos de comunicación más conocidos: la novela. Y empecé a tomar datos.

¿Cuántos libros leí? Es muy difícil precisarlo. ¿Cien, o más? Posiblemente. En todo caso, ya empeñado en escribir una novela, hice un plan previo. Y pensé: hay que tocar los cuatro puntos cardinales de nuestra historia.

Para determinar cuáles debían ser esos puntos, tuve esa especie de visión, de deslumbramiento, de comunicación con algo fuera del cuerpo del novelista, que muchas veces se suele llamar 'inspiración', pero que yo creo es el producto de una disciplina disparada hacia un blanco determinado. Y escogí los cuatro ciclos o a las cuatro épocas donde iba a situar a mis personajes: primero, la época precolombina, casi desconocida, si descontamos una que otra crónica de quienes vinieron con los Conquistadores, pero plena por eso mismo de misterios y de encantos; luego, la maravillosa y pintoresca época de la Cartagena de Indias del

mil seiscientos, con la aceleración del proceso del mestizaje gracias a la llegada continua de esclavos de diferentes partes de África, y con el negro telón de los Inquisidores al fondo; más adelante, el hecho social, político y económico más importante de la historia de América, como es la revolución de los Comuneros, con la redacción de las Capitulaciones, uno de los documentos más trascendentales en la historia de la libertad de los pueblos; y para finalizar, la época actual, de una absoluta reevaluación de nuestra condición de mestizos, y de una orgullosa afirmación de nuestro ser latinoamericano.

Y empecé a leer sistemáticamente, al tiempo que cumplía con los deberes del posgrado. Me sumergí en la época precolombina, centrándome en la vida cotidiana de los muisca, de los orfebres de Guatavita, de los mojas y su larga preparación para la muerte, de los jeques y su comunicación con el más allá. Y entendí que éste había sido un pueblo de una gran riqueza espiritual, un pueblo ejemplo de América en cuanto a sus concepciones filosóficas sobre la vida y la muerte, un pueblo ordenado, con normas precisas, con un código que debía observarse rigurosamente, y con un concepto poético del más allá.

Leí todos los libros que se han escrito sobre el tema. Unos aportaron algo, otros poco, otros nada. Pero, como en el caso de **Palabra de fuego**, los leí para recrear, hasta donde era posible, la atmósfera de ese entonces.

Y vinieron luego las lecturas sobre la Cartagena del mil seiscientos. Hay libros apasionantes, sobre la brujería, sobre las reuniones de los viernes y los sábados en los manzanillos de la ciénaga. Los libros inquisitoriales, donde aparecen no solo especulaciones sobre el tema sino transcripciones de los edictos y de los autos de fe, constituyen una lectura maravillosa, casi como los cuentos de hadas que fueron el alimento preferido de mi niñez. Y así aprendí a conocer a Lorenzana de Acereto, y a la gente que la rodeaba, sus amigos, sus amantes, sus esclavas, sus enemigas. Y al mismo tiempo que metía en la historia toda la terriblemente trágica farsa inquisitorial, metía también las intrigas menores, las amorosas y las políticas, hasta construir todo un gran fresco de esa época apasionante.

La lectura de los documentos atinentes a la revolución de los Comuneros fue, quizás, la que me llevó más tiempo. Porque se ha escrito mucho, y los autores históricos no siempre están de acuerdo. Además, por la época en que yo hacía el posgrado (tal vez 1980), se reeditaron numerosos libros sobre el tema y se publicaron otros nuevos, y se dieron a conocer documentos que habían permanecido inéditos.

Reconstruídas las tres épocas históricas me pregunté qué incidencia tenían en el presente; y dentro de mis compañeros de posgrado fui preguntando cuál era su visión del momento actual en nuestro mundo latinoamericano, y qué se pretendía hacer con el estudio de nuestra problemática, si no era fundamentar una filosofía estrictamente nuestra edificada sobre nuestra realidad histórica y proyectada hacia un futuro siquiera previsible.

Ya estaba dada, pues, la estructura material, llamémosla así, de **Camino que anda**. Y ¿por qué **Camino que anda**? Porque el hombre es eso: un camino que anda.

Entonces, empecé a escribir, utilizando todos los datos históricos que había recopilado: nombres propios, apellidos de entonces, nombres de calles y veredas, voces de cada una de esas épocas. Y logré hacer un personaje símbolo: Amanecer. En el primer círculo, el de los muisca, era Suaty Amanecer, la dulce y sumisa compañera de la Cacica de Guatavita, que la acompaña en su infidelidad, en su martirio y en su muerte; en el círculo del mestizaje era Amanecer de los Angeles, joven y hermosa, descendiente de los esclavos africanos que le cantaban a Shangó en las noches de luna, medio bruja y medio inocente, símbolo de esa piel negra que se volvía ya no solo piel sino canto y cultura al mezclarse con los elementos indios y españoles; en el círculo de los comuneros aparece Amanecer Fernández, mestiza ya, empeñada en ayudar a Galán, enamorada de él, y siguiéndolo a través de su parábola existencial, porque Galán fue el comunero por excelencia; y en el último círculo, el de nuestro tiempo, es Amanecer Domínguez, ya más consciente de nuestra realidad de mestizos.

Hay una carga de humanidad enorme a través de las 400 páginas de esta novela; pero hay también una serie innegable de soportes históricos, que le posibilitan al erudito seguir paso a paso los acontecimientos, y darse cuenta de que no se ha cambiado nada, y de que lo único que se hizo, fue meter, dentro de los parámetros fríos y sistematizados de la historia, al hombre, la esencia de su rebeldía y de su duda, su frustración y su triunfo, sus aspiraciones y su verdad.

Así que estas novelas, tienen una plataforma puramente histórica. Pero la historia, en ellas, es diferente a la historia de las academias y de los libros. Quizás la diferencia sea el cálido viento humano de consecuciones y de errores, que las recorre de un lado a otro, estremeciéndolas, derrumbándolas, edificándolas, dándoles el calor necesario para que se conviertan en hogueras iluminantes en la inmensa noche de los tiempos.

ANEXO DOCUMENTAL

ANEXO DOCUMENTAL

300 Y a Suaty Amanecer en las páginas: 17, 96, 110, 146, 152, 184, 216, 234, 284 y 297.
300 Y a Suaty Amanecer en las páginas: 17, 96, 110, 146, 152, 184, 216, 234, 284 y 297.
300 Y a Suaty Amanecer en las páginas: 17, 96, 110, 146, 152, 184, 216, 234, 284 y 297.

Acerca de la novela **Camino que Anda**

Compuesta de cinco capítulos, a través de los cuales deambulan cuatro momentos estelares de la Historia de Colombia, **Camino que Anda** es una novela de carácter histórico en la cual Fernando Soto Aparicio utiliza una técnica narrativa que rompe con el relato lineal tradicional. Cada capítulo es una unidad diferenciada por segmentos que proyectan su relato en los capítulos subsiguientes, en los cuales alternan la Guatavita aborigen, la Cartagena negra de comienzos del siglo XVII, el Socorro comunero de 1786 y la Guatavita contemporánea, entrecruzando el pasado con el presente y las preocupaciones del mundo actual con sus raíces pretéritas y sus proyecciones futuras. Las cuatro dimensiones temporales y espaciales, con su proyección y retrospección histórica, están personificadas en Amanecer, la misma que se repite en la doncella aborigen (Suaty Amanecer), en la esclava negra (Amanecer de los Angeles), en la muchacha mestiza del pueblo comunero (Amanecer Fernández) y en la joven estudiante de Posgrado de la actual Guatavita (Amanecer Domínguez) que, conjuntamente con Fabricio, su compañero de estudios, aspira redactar una tesis que dé respuesta a las preocupaciones que encarna.

Amanecer, que representa el protagonismo de la Historia de Colombia con una dimensión latinoamericana, tiene, sin embargo, un hilo conductor que la mantiene unida, más que al relato, a los objetivos que él mismo se propone: mostrar una senda, un "camino que anda" desde el pasado al presente con una proyección futurista. Por eso la novela se estructura en cinco capítulos, a través de los cuales nuestro acontecer histórico inicia su recorrido ("Los Primeros Pasos del Camino"), bajo el tutelaje colonial ("Camino que Avanza bajo la Tierra"), cuyos hitos desatan un proceso histórico nuevo ("Razones y Caminos") en una búsqueda constante ("Cada Recodo es un Encuentro") hacia un futuro liberador ("Y el Camino sigue Caminando").

Si quisiera hacerse una lectura continuada de cada momento histórico, en la Segunda Edición de Plaza y Janés (1985) podríamos seguir los pasos de Amanecer Domínguez, a través de las siguientes páginas: 17, 96, 110, 146, 152, 184, 216,

249, 255, 267, 274, 281, 289, 291, 295 y 306. A *Amanecer de los Angeles en las páginas: 41, 82, 102, 134, 165, 191, 220, 276, 286, 292 y 299.* A *Amanecer Fernández en las páginas: 56, 73, 123, 140, 161, 176, 196, 205, 226, 261, 279, 287, 294 y 300.* Y a *Suaty Amanecer en las páginas: 65, 92, 117, 128, 170, 201, 209, 244, 274, 284 y 297.*

No obstante, una lectura tal quizás rompería con los objetivos de la novela, en cuyo último capítulo la diferenciación de los cuatro momentos históricos en distintos segmentos termina por confundirse en apartes que relatan, dentro de cada uno de ellos, los acaeceres de las cuatro Amaneceres, hasta tal punto, que en su narración se elimina la puntuación, en algunos casos. De todo esto resulta, en últimas, una sola Amanecer, que es precisamente lo que Soto Aparicio se propone: hacer un personaje símbolo, "una Amanecer cuatro veces repetida — que es América Latina— viviendo en cuatro círculos y buscando a través de ellos, como en las escalas de una pirámide, llegar a la cima de su autenticidad y de su afirmación dentro del concierto universal".

Que este propósito no es un objetivo aislado del resto de su producción literaria, lo podemos apreciar en la observación crítica de Beatriz Espinosa Ramírez, en esta gran síntesis: "La visión antropológica de Soto Aparicio es desde la primera a la última novela un éxodo constante del hombre desde la esfera de la alienación hasta llegar a la esfera de la liberación... el hombre en su devenir desde el ser perdido hasta el ser recuperado". (Soto Aparicio o la Filosofía en la Novela, Ediciones Hombre Libre, Bogotá, 1981, p. 53).

Los segmentos de la novela Camino que Anda, incluidos en este Anexo documental, son una buena muestra de tales propósitos.

PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ
Coordinador del Magister en Historia
UPTC

Fernando Soto Aparicio

CAMINO QUE ANDA



PLAZA & JANES

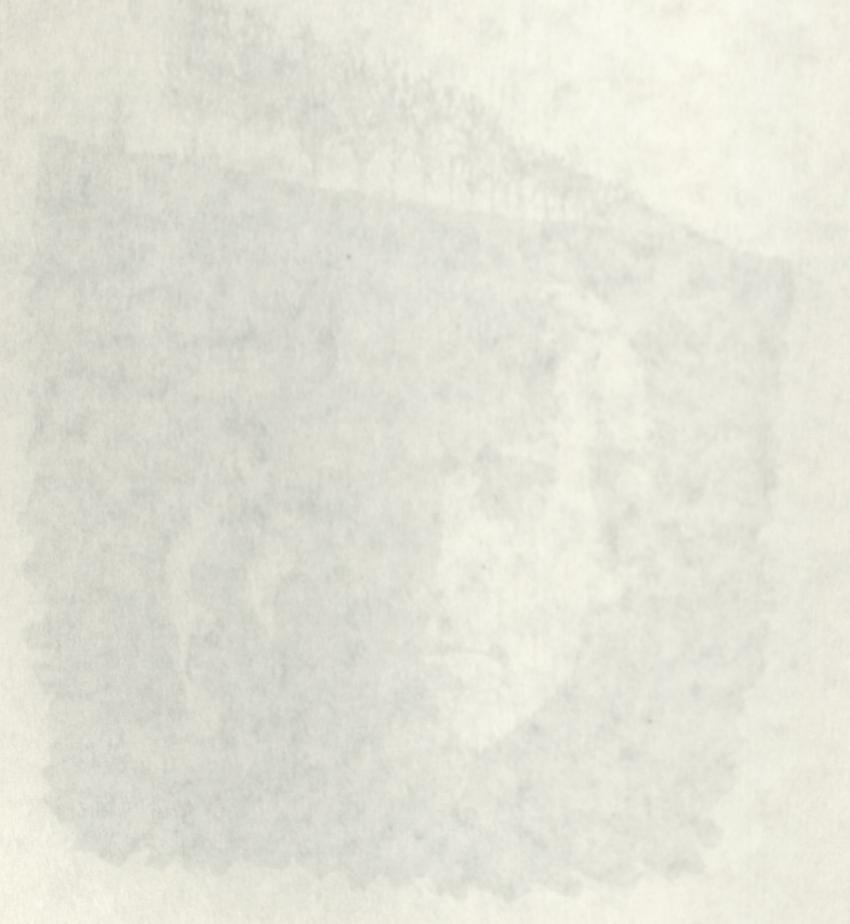
P & J

S. C. C.



Fernando Soló Aparicio

CAMINO QUE ANDA



Razones y Caminos

60. Segmento del Capítulo III

pp. 184 a 191

—Cuando pulsó el timbre en el apartamento de Galván, Amanecer estaba casi temblando. No era sólo su acostumbrada timidez sino algo difícil de explicar, una mezcla de diferentes sensaciones que habían determinado el aplazamiento sucesivo de la entrevista: su respeto por Galván como autor, su profunda admiración por el novelista, y sobre todo el recuerdo de las facciones del hombre. No podría decir que la atraía porque en el campo amoroso sus pensamientos y deseos estaban fijos en Fabricio; pero sí ejercía sobre ella un extraño dominio que la cohibía hasta casi apagarle la voz.

Le abrió el mismo Galván, y a ella le pareció más joven que en la visita que había hecho a la Universidad. Tal vez porque tenía una camisa blanca, de mangas cortas, y unos bluyines desteñidos. El la notó impresionada y le sonrió.

—Es mi uniforme de trabajo —le dijo—. Pase, póngase cómoda y pregunte cuanto quiera. Voy a dejar que usted lo dirija todo.

Amanecer no acertaba a poner en marcha la grabadora, y él le ayudó. Acabó sentándose a su lado en el amplio sofá. La proximidad del escritor, que para miles de personas era casi un mito, la hizo sentirse pequeña e insignificante. Pero poco a poco los detalles de Galván —ofrecerle un café, endulzárselo él mismo mientras ella revisaba las cintas para la grabación, prenderle un cigarrillo, tratarla como a una amiga de muchos años— la fueron calmando, y cuando iniciaron la charla ya estaba sosegada, por completo. Así pudo explicarle que seguía leyendo sus novelas, y que a medida que las analizaba encontraba un mayor acopio de valores puesto que los personajes que él creaba tenían un profundo arraigo en la realidad, estaban inmersos en la existencia de angustias y de luchas que constituía lo cotidiano para la gran masa del continente.

—Muchos piensan —dijo Galván después, ya entrando en materia— que en el desarrollo de la incipiente filosofía latinoamericana es preciso distinguir cinco etapas que consideran claramente marcadas. La primera es el trasplante de las doctrinas escolásticas, y la controversia que suscitan; la segunda una introducción a la filosofía moderna; la tercera hace alusión a la doctrina americanista y al iluminismo; la cuarta se contrae al positivismo, aceptado al comienzo y rechazado luego, y al socialis-

mo utópico; y la quinta y última consiste en la superación de las fallas del positivismo —protuberantes como negar la libertad del hombre y su capacidad creadora— mediante un espiritualismo humanista.

—¿Podría explicarme cuáles son los rasgos predominantes del hombre latinoamericano? He tratado de encontrarlos a través de sus novelas, pero me gustaría oírlo directamente.

—Esos rasgos, en cuya puntualización coinciden muchos de los nuevos pensadores del continente, son: el arraigo en lo telúrico, esto es, la unión del hombre con la tierra, con la Naturaleza, lo que viene sin duda de la raza indígena; la disposición hacia la belleza y la preocupación estética, producto de la fusión de las culturas; una dualidad dramática entre lo primitivo y lo refinado, que no se da en otras latitudes; una tendencia, importantísima en mi concepto, hacia lo que llamaríamos un saber del hombre y para el hombre; una melancolía fatalista, que viene tal vez del hecho gravísimo de que al latinoamericano le mataron a su ser primigenio, es decir, que al indio lo despojaron de lo que podría haberlo constituido en arquetipo humano; una rápida y dinámica capacidad emocional, lo que lo hace temperamental por excelencia; un exclusivo sentido del humor, que en las peores crisis lo lleva a burlarse de sí mismo; un barroquismo tanto en el arte como en lo cotidiano, lo que denota una abundancia de formas culturales aún en ebullición; y por último, y ésto es lo más trascendental, un problema religioso latente, entre la doctrina que le enseñaron y la que él necesita buscar para salvarse.

Amanecer revisó la grabadora para comprobar que estaba funcionando correctamente. El escritor se paró hasta el estante de su pequeña biblioteca, y la muchacha abarcó con ojos ávidos el cuarto. Era casi ascético, y fuera de los libros sólo se veía en el rincón un escritorio, una máquina, y hojas de papel colocadas en dos montones. Las unas, pensó, quizás en blanco, y las otras escritas con las palabras del novelista, de ese Fernando Galván que había llenado a través de sus libros sus poquísimos sueños de adolescente.

—¿Cómo considera que se dio la formación filosófica luego de la conquista?

—Si examinamos la época colonial, vemos que durante ella la filosofía no pasó de ser una ocupación de cátedra o un asunto de erudición académica.

—¿Y esto constituye un defecto?

—Falta la apasionada búsqueda de la verdad, con el rigor metódico y con el compromiso que es inherente a la filosofía. Así vemos que lo que llamaríamos las primeras aventuras del espíritu latinoamericano sucedieron en el campo de la literatura, especialmente de la poesía.

—¿No cree usted que una filosofía latinoamericana no podrá existir nunca? ¿El localismo no acaba con el concepto universal de lo filosófico?

—Nuestro quehacer filosófico, provocado fundamentalmente por los mismos motivos que determinaron y originaron la filosofía en Europa, tiene indudable universalidad. Pero la filosofía es simplemente filosofía, aunque aquí, en América Latina, tengamos que replantearnos problemas filosóficos 'para' nuestros pueblos. Sin embargo cabe aclarar una cosa y para eso me formulo una pregunta: ¿acaso el ser latinoamericano es el ser ontológico por excelencia? Siempre me ha parecido absurda la provincialización de la filosofía, y por eso estimo un despropósito la pretensión de forjar una filosofía latinoamericana incontaminada, digámoslo así, de todo lo ya existente. Cosa muy distinta, y ésta sí acertada, es que nuestra filosofía, aunque verse sobre lo universal en cuanto universalizable, tenga un característico acento latinoamericano. No podemos perder la visión total de la filosofía.

—¿Cree usted que se pueda prescindir de la razón pura?

—No, porque sin ella las vivencias existenciales no constituirían una filosofía. Pero tampoco se puede prescindir del contacto existencial amoroso si no se quiere caer en una filosofía deshumanizada. Objetividad y subjetividad son indispensables al filosofar.

—¿La filosofía entraña un compromiso?

—No se puede filosofar sin riesgo y sin decisión. Hay que tener el coraje de arrojarse en el ser y de asumir, íntegramente, el compromiso existencial. Si estamos comprometidos ya por el simple hecho de estar puestos o enviados en un mundo dentro del cual hemos de actuar, y en el cual hemos de ser responsables, ¿por qué no asumir ese compromiso con decisión y valor?

—¿Hay una base religiosa en la filosofía actual?

—Indudablemente. Yo pienso que el latinoamericano tiene que matar a Dios para salvarse. Entiéndame, matar a ese Dios que le impuso la conquista, y buscar al Cristo primigenio, único camino de liberación para salir de una situación aberrante de conformismo, de renunciación y de silencio.

—¿Qué opinión tiene sobre el futuro continental?

—Una profundamente optimista. Yo pienso que de toda esa fusión de razas y culturas ha salido un hombre mestizo, rebelde por naturaleza, ávido de realizaciones, propenso al estremecimiento artístico. Pienso que si llevamos casi cinco siglos de atonía ya va siendo tiempo de que hagamos oír nuestras voces en el concierto del mundo. Pienso que si en literatura dimos en poquísimos años un salto que no habíamos dado en cuatro siglos, en filosofía ocurrirá lo mismo.

—Pero según usted no podemos prescindir de patrones europeos al filosofar.

—Entiéndame, acepto que la filosofía es universal; pero al mismo tiempo espero que seamos capaces de elaborar un pensamiento filosófico con base en nuestra propia

historia, porque sólo así el pensamiento, universalizable sin duda, tendrá algún valor efectivo para la comprensión del ser latinoamericano.

—¿Es decir, pensar en nosotros en función universal?

—O pensar universalmente en función de nosotros.

Galván le trajo un nuevo café. Amanecer, había acabado de perder los últimos temores. Lo vio corriente, humano, cálido. Un hombre totalmente distinto al mito.

—Hay que desmitificar al escritor —le dijo Galván, sonriendo—. Hasta hace algunos años éramos considerados como una especie de rara avis; hoy somos profesionales que trabajamos en una rama diferente, pero que cumplimos con las mismas exigencias que otros.

—¿Qué piensa de sus obras? ¿Está satisfecho con ellas?

—Cuando un escritor esté satisfecho de su obra podemos decir que ha fracasado. Lo que hace al artista es el inconformismo. Un inconforme vive en plan de creación; el que se sienta realizado ya puede dormir sobre sus laureles; esto es, ya terminó.

—¿Su filosofía es optimista?

—Eso deberán decirlo quienes lean mis novelas. Yo pienso que el hombre es un desamparado, pero que de ese desamparo en que lo sumieron ha sacado la fuerza necesaria para buscar un camino. Y ese camino, a mi modo de ver, desemboca en una filosofía de libertad, en una teología de claridades. No podremos ser auténticos mientras continuemos matriculados en la dependencia, ya sea de gobiernos o de religión.

—¿Y es acaso concebible un mundo de libertad completa?

—Puede sonar utópico en momentos como éste, en que a nivel no sólo de Colombia sino del continente todas las libertades están siendo atropelladas.

—¿Cree que la religión actual está al servicio del hombre?

—De ninguna manera: está el servicio del Estado, en tanto que el Estado es la fuerza dominante en un país. Usted ve que existe un maridaje de siglos entre gobierno civil y gobierno eclesiástico, y en ese maridaje la única gran engañada es la religión.

—¿Y qué camino tendría el latinoamericano para solucionar ese problema?

—Liberarse. Volvemos al mismo círculo, ¿comprende? América Latina podría ser un continente libre, sin coloniajes; organizar sistemas de gobierno acordes con sus necesi-

dades; deshipotecarse de la enorme deuda externa que la mantiene en quiebra desde el momento de la invasión. Podría también buscar las huellas de la religión que no le enseñaron, y empezar a oír el evangelio que no entendió porque se lo dieron tergiversado desde el principio. Todo eso obliga a un ejercicio de libertad. Y quizá por esto mismo el clero, y los sistemas de gobierno, han ido atando al hombre cada vez más corto; es decir, han ido quitándole eslabones a la cadena con que le mantenían una ilusión de ser libre. Ahora, como le digo, lo tienen amarrado bien corto, no le permiten pensar, ya no lo dejan hablar ni escribir si no es dentro de parámetros determinados. Es decir que en mi concepto, en este momento, la libertad está agonizando en todos los cuatro puntos cardinales de América.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Fabricio, revisando los papeles mecanografiados a la luz amarilla de la lámpara.

—Tengo otro casete grabado, pero no pude pasarlo a máquina. Hablamos de muchas cosas, y cuando me dí cuenta se me había pasado la tarde.

—Así que Galván te dedicó unas horas.

—Cuatro, exactamente. Después me sentí apenada por haberle quitado su tiempo. Una persona como él tiene que valorar cada minuto.

—Lo admiras de una forma desaforada.

—Lo admiro, sí. Me parece un escritor serio, que no se desperdicia por los caminos de la publicidad barata. Me contó de qué manera investiga sus temas con una gran minuciosidad para no incurrir en falsedades ni abrir trochas que no conduzcan a ninguna parte.

—Hay ideas realmente interesantes, aunque no sé si sean originales.

—En este momento el deseo de hallar un camino para América es el común denominador de los pensadores del continente. Así que algunas de sus ideas pueden haber sido expuestas por otros; y en la misma forma quienes sigan tras de nuestros pasos en esta búsqueda podrán utilizar sus términos.

—¿Crees que esta búsqueda nos lleve muchos años?

—Tantos como permanezca el hombre sobre la tierra.

Fabricio miró en torno, inquieto.

—Trabajar aquí me produce escalofríos.

—Es un sitio completamente aislado. Una vez me dijiste que en un lugar así crearías una obra maestra.

—Pero no tenemos tiempo.

—No, ya no lo tenemos —dijo Amanecer, y su cara quedó crispada y sombría durante un rato.

—¿Fue la única charla que tuviste con Galván?

—Después nos vimos un par de veces.

—No me dirás que estás interesada en él.

—Interesada como lectora, como estudiosa de los temas que él trata. Nada más.

—Aunque es un tipo que te trastorna, y no me lo vas a negar.

—Me conmueve, si quieres me emociona, pero no se cómo.

—¿Lo amas?

—Esa pregunta es casi una ofensa, Fabricio. Sabes que te amo, y me conoces lo suficiente para estar seguro que no hay campo en mis sentimientos para una dualidad amorosa.

—Sí, perdóname. He sido un tonto. —Y luego de una pausa—: ¿De qué hablaste con él?

—De la educación.

—No sólo —dijo Galván, mientras bebía un café y Amanecer saboreaba un refresco—, en la congestionada cafetería de la Universidad— estamos colocados frente al peligro del conductismo, sino que nuestra educación secundaria y universitaria es deficiente.

—Un bachiller, por ejemplo, no sabe nada.

—Un bachiller está indefenso frente a cualquier circunstancia. En ese estado de indefensión mental llega a la Universidad, y de cabeza lo colocan en unas disciplinas que no le dicen nada. Veamos el caso del humanismo. ¿Le plantean la posibilidad de estudiar sus problemas o los de su gente? Nada de eso: lo ponen en un duelo cuerpo a cuerpo con Aristóteles, Platón o Sócrates, y ese pobre muchacho queda, así del todo, desubicado de su realidad.

—¿De su realidad social?

—Esa tampoco la conoce casi nunca. Veamos: un estudiante de familia pobre, como el que ingresa a la Nacional cuando ésta funciona, raras veces termina su

carrera. Y el estudiante que va a una Universidad privada tiene un estatus económico que jamás lo pondrá en relación con la miseria de los tugurios. Así uno crece anárquico por el contacto con un marxismo que no le explican, y el otro crece apático por la ignorancia de una miseria que no lo toca. Los dos, pues, completamente desfasados de la realidad.

—¿Habría alguna manera de evitarlo?

—Humanizando las carreras de humanidades. Dándoles beligerancia, pienso yo. Porque mientras esas facultades sean semilleros de doctrinas obsoletas, explicadas por profesores mediocres para una serie de alumnos abúlicos, no hay nada que hacer. El humanismo es el compromiso con el hombre, y tal como está ahora en Colombia sólo es el compromiso con unos libros pasados de moda. Hay que buscar al hombre y a su necesidad donde el uno y la otra existan, y no desenterrar fósiles.

—¿O sea que usted suprimiría la historia de la filosofía?

—No, claro que no, pero la haría actuante, la enfocaría sobre este momento. Una historia que no se explique en función del presente y como planeación del futuro, no tiene nada que hacer.

—Los estudiantes que aparecen en sus novelas son inauténticos, en opinión de muchos. ¿Usted qué cree?

—Que un novelista está sujeto a que lo analicen los hermeneutas como a ellos les provoque. Los estudiantes que cruzan mis libros son personas sin piso, y esto es lo que les ocurre precisamente a nuestros muchachos, no solamente los colombianos sino los de cualquier país de América. ¿O qué cree, que los jóvenes de Chile, de Argentina, del Perú, del Ecuador, de Bolivia, están bien ubicados emocional, social, humanamente? ¿Y piensa que los muchachos de Colombia, que han vivido la represión y la tortura, que han sido testigos del atropello contra los más elementales derechos del hombre, podrán algún día defender la patria si ésta se ha negado a defenderlos?

—Las ideas de Galván son muy osadas —dijo Fabricio— Claro que él tiene toda la razón, pero no demoran los censores oficiales en callarlo.

—La voz de Galván es la voz de América.

—Pero la de los proletarios, que no tienen derecho a ella.

—¿A América?

—Ni al continente ni a la voz, porque quienes detentan el poder poseen los medios para silenciarlos.

—Esa es otra cosa de la que hablamos en la cafetería —dijo Amanecer—. Le pregunté cuál era en su concepto el compromiso del escritor.

—El escritor, básicamente, es un denunciante y un profeta. Como denunciante debe contar aquello que atente contra el pueblo al que representa. Porque también el escritor es un representante del pueblo; es quien tiene posibilidad de escribir por millones de personas calladas a la fuerza, ya esta fuerza sea el analfabetismo o el temor. Y como profeta debe prever lo que ocurrirá en un futuro tomando como base el presente. Por eso yo sostengo en mis libros que los sistemas de gobierno que nos rigen en la actualidad están precipitando la ruina de América.

—¿No cree que su misión es peligrosa?

—Afortunadamente lo es. Si el escritor no estuviera a un paso de morir por sus ideales en todos los momentos de su vida, bien podría convertirse en una estatua.

—¿O sea que usted pregona el compromiso del escritor?

—Si un escritor no se compromete con la causa de su pueblo no tiene razón de ser. El escritor es el vocero de una sociedad muda.

—¿Considera que América está lista para una revolución?

—Entendiendo la palabra revolución en el sentido humanista, esto es, en un cambio para el hombre. Un cambio que lo favorezca, que lo saque del conformismo con que lo han sellado, que lo vuelva contra la resignación que no le ha quitado sus grilletes desde la conquista.

—¿Es entonces la literatura un ejercicio de libertad?

—Exactamente. Como lo es cualquiera de las manifestaciones del pensamiento. Como tiene que ser la filosofía. Como tiene que ser la religión; si ésta se convierte en un candado para las libertades del alma, está destruyendo su verdadera esencia. Cristo no les puso cadenas a sus seguidores, sino que les dejó como herencia un horizonte que los administradores de la religión han ido llenando de barricadas y de garitas.

—Lo dicho —comentó Fabricio—. No demoran en callarlo, y será una pérdida para las letras americanas, porque Galván representa la rebeldía de una generación.

—Nosotros debemos respaldarlo, Fabricio. Si logramos hacer una tesis valiente, que se convierta en un clamor de libertad, no lo habremos dejado solo.

—Estoy de acuerdo, Amanecer. Y si vamos a ser sinceros, esa necesidad de ser libres y auténticos se respira en todo el continente.

—Y aunque haya mordazas para unos miles, no alcanzarán las mordazas para todos. Con uno sólo que conserve la voz la libertad no podrá ser asesinada”.

Y el Camino sigue Caminando

1er. Segmento del Capítulo V

pp. 267 a 274

(De la Tesis de Amanecer)

“Ser hombre es un llamado, una vocación ontológica y la superación, al progreso constante, lo que no es posible sino en la lucha, en la ruptura permanente contra todo cuanto se oponga a este caminar siempre adelante, a esta ascensión ininterrumpida: la lucha contra el lastre de los hábitos rutinarios, las seguridades adquiridas y esclerotizantes, contra la mediocridad y los compromisos equívocos, contra nuestras cobardías secretas. No se es fiel a nuestra condición humana sino por una revisión permanente de lo logrado, por una renovación perpetua, en una palabra, por una actividad revolucionaria.

A partir de este concepto debemos iniciar una revisión de la historia latinoamericana para —con base en ella— clarificar nuestros términos filosóficos, y sobre todo, establecer si debemos aceptar una filosofía estrictamente académica, o si el filósofo, como pensaba Feuerbach, debe dejar de especular para poner la filosofía al servicio de una transformación. Esto es, para convertirla en un arma ideológica que tenga una aplicación práctica dentro del proceso de la lucha latinoamericana por encontrar su ser auténtico.

Para sentar los planteamientos de esa lucha debemos recordar que lo que hubo de 1492 hacia atrás es casi todo sombra. No porque lo fuera realmente sino porque quienes nos cuentan esa parte de nuestro pasado no podían proyectar sobre él ninguna luz. Vieron al demonio en los dioses indígenas porque no fueron capaces de comprenderlos; vieron barbarie en sus costumbres porque eran distintas a las suyas; y se desconcertaron ante su sabiduría en diferentes ramas, como la curación de muchas enfermedades mediante la botánica, como la manipulación del oro hasta los límites de la perfección, como la profundidad religiosa de sus ceremonias y el empeño en organizar su política, porque los indios debían considerarse salvajes a toda costa, ya que ese salvajismo, ese no ser hombres, justificaba plenamente los atropellos que unos pocos como el padre Las Casas fueron capaces de denunciar ante la opinión pública europea.

Tal vez, aguzando nuestra capacidad de hermeneutas, podamos desentrañar algo en los monumentos que no destruyó el afán “civilizador y evangelizador” de los invaso-

res; quizás en los túmulos funerarios que abundan en el suelo americano hallemos un rastro de caminos por los que podamos avanzar hasta la comprensión de una parte de ese mundo que nos negaron. Por lo tanto, nuestra historia arranca de una mutilación y de un saqueo cuyas consecuencias inmediatas fueron la frustración del indio como ser pensante, mientras las mediatas estamos todavía padeciéndolas personificadas en la dependencia que hace de América Latina un mundo sui generis en el panorama contemporáneo.

Pero si perdimos la raíz de nuestro ser indígena, no puede negarse la existencia de un paralelismo histórico que viene proyectándose hasta nuestros días. Porque si unos —los dominadores, que con diferente ámbito racial son los mismos en 1492 que en 1979— escriben la historia a su acomodo, otros —los dominados, los explotados, los hambrientos de libertad— hemos ido escribiendo la historia verdadera, que si no consta en los textos oficiales sí está presente y combatiendo en la tradición popular y en la mente de quienes buscamos caminos hacia una afirmación de nuestro ser verdadero.

En el momento de la invasión se fundieron dos mundos distintos, no sólo en el aspecto físico sino en el mental. Los indios creyeron que sus dioses los habían traicionado, y que los invasores eran los encargados de perpetrar el castigo inherente a esa traición. Entonces su resistencia, salvo algunos grupos heroicos, fue pasiva: la resistencia de quienes prefirieron despeñarse en masa, ahorcarse en familias enteras, incinerarse en pueblos, antes de caer en las manos del invasor; o esa resistencia de quienes se sentaban a la orilla de un sendero a ver pasar los nuevos dueños de la tierra hasta que el hambre los mataba; o la de quienes se sometían al trabajo asesino de las minas. Esa resistencia acabó con la raza indígena en una proporción tan alarmante, que muchos autores modernos han hablado de la "teoría homicídica", esto es, de una mortandad sólo comparable a la que en el mundo actual causan las explosiones atómicas en el curso de una guerra. Así, la lucha armada en condiciones de inferioridad frente al invasor; o la sorda y dolorosa lucha de quienes fueron prefiriendo la muerte a la dominación, acabaron con el indio, y dejaron sólo unos pocos representantes de lo que fue todo un mundo. Y el cruzamiento de las razas se produjo entre los espasmos de agonía de la raza vencida. Los españoles, ávidos de mujeres —que no los acompañaron en los primeros viajes— poseyeron a las indias y fueron sembrando desde el desembarco la semilla inicial del mestizaje. Este fue el primer paso para formar otro hombre que tenía de un lado la pureza de la raza indígena, y de otro el mestizaje de los españoles (que al salir de su condición de dominados por siglos no pensaron en otra cosa que en dominar), en cuya sangre se mezclaban las de todos los invasores de la península ibérica en las diferentes etapas de su historia.

Pero ese cruzamiento solo no habría tenido la trascendencia que tuvo al mezclarse un tercer elemento: la raza negra. Senegaleses, hombres del Congo, habitantes del Lucumí o de Angola vinieron hasta las costas de la nueva tierra atados por cadenas en los pútridos bodegonos de los barcos negreros. Cargamentos de carne humana cruzaron el mar durante años y años. Los negros venían como bestias, tratados peor que los animales de consumo doméstico. Ese viaje desde la libertad de Africa hasta la

esclavitud de América se hizo en condiciones infrahumanas; y no obstante, la raza en sí sobrevivió, y con ella sobrevivieron dioses y costumbres. Claro que los traficantes de miembros de diversas tribus, que al no poderse comunicar entre sí por defectos del idioma no lograban constituirse en una fuerza rebelde para protestar por los abusos del negrero. Por eso lo que llegó de Africa fue una cultura primitiva y fragmentada, fue un ser también despedazado. Pero algo llegó, y ese algo se incorporó muy pronto a los otros dos elementos ya fundidos en ese proceso de maridaje obligatorio a que se sometió a la mujer india.

¿Cómo se mezcló el negro? A través de su incorporación activa a la vida civil y familiar de ese tiempo. El negro entró a desempeñar diferentes oficios en casi todos los frentes de trabajo; las mujeres fueron ayas de los infantes blancos o ya mulatos; los hombres cuidaron haciendas y plantaciones, cuando no se escapaban del cepo y del látigo para formar sus pueblos de cimarrones reacios a cualquier forma de autoridad. Y el cruce continuó no sólo en el aspecto genético sino en el cultural. Palabras de la nueva lengua se unieron a las españolas y a los términos ya agonizantes de la lengua de los indígenas. Las costumbres africanas —entre ellas una propensión a lo satánico, entendida en tales términos por los teólogos de la época, si es que los hubo—; una mayor intervención de los elementos naturales en los destinos humanos, los mismos del indio pero en una dimensión diferente; un gusto por la música que se aunó a los cantos ceremoniales del indio y a la nostálgica música del español; y también una concepción del arte abigarrada y recargada de imágenes y de conceptos estéticos variados, vinieron con los esclavos. Que en ocasiones —basta con darle un vistazo a la Cartagena del 1600— trataron de convertirse en amos. Porque hay un siglo de aquelarres americanos —las famosas "juntas"— en las cuales los negros llevaron la voz cantante, contaron con la complicidad de Buziraco y dictaron leyes a su acomodo; leyes de las que ni siquiera pudieron escapar los inquisidores, que por una u otra razón se sintieron tentados por esa brujería desconocida, que no era la de los sabbats europeos sino que tenía elementos propios nacidos de la supervivencia de algunos ritos indígenas, pero sobre todo de los aportes del negro.

De ese cruzamiento nació el hombre mestizo, el hombre de América. El latinoamericano no es indio puro porque el indio fue despojado de su ser, de su idioma, de su cultura, de su mundo; no es español puro, porque la mezcla se produjo desde el momento de la invasión, hasta el extremo de que para algunos historiadores ésta de Colón y sus sucesores fue una conquista de la mujer aborígen por el hombre blanco; no es negro africano porque éste desde el desembarco empezó a integrarse al nuevo mundo, donde tendría que desenvolverse y morir. El hombre latinoamericano es un mestizo, y aceptando esta realidad está ya tomando conciencia de su ser auténtico.

Pero la filosofía del indio —ya que creemos firmemente que sí la tuvo— no podía sobrevivir porque los dominadores no estaban en capacidad de entenderla ni tenían interés alguno en aceptarla; la filosofía del negro —o al menos su visión personal del mundo y del hombre— tampoco podía imponerse ya que correspondía a la

ideología de los vencidos, de los esclavos. Entonces se impuso desde un comienzo la filosofía europea, que fue luego la que se explicó y se aplicó en los centros de educación de la nueva tierra.

Y es aquí donde el latinoamericano recibe una herencia que nada tenía que ver con él, con su especial dimensión histórica. Porque esa filosofía que se le impuso —como un modo de vida y como una constante educacional— estaba elaborada por otros hombres y pensada con base en otra historia. De esta forma, América Latina recibió la imposición de una manera de ver la historia con ojos que no eran suyos, con una concepción mental que no le pertenecía, y con una capacidad crítica que no estaba acorde con su desenvolvimiento, esto es, su ser fue bautizado en unas aguas que no podían darle libertad de criterio y de creación sino que lo supeditaron para siempre empujándolo por una corriente en la que no podía navegar.

Lo grave de todo esto, es que aún en la actualidad América Latina no ha podido librarse de esta imposición; no ha podido sacudirse el pensamiento del dominador para buscar su propio pensamiento; no ha tenido la serenidad ni el tiempo suficiente para detenerse y reflexionar y decirse: este camino está errado porque si parte de una alienación —la dominación lo es— no puede llevar a ninguna realidad verdadera, y la única verdadera realidad no puede ser otra que la liberación. En este momento estamos apenas despertando de un sueño de siglos. Porque desde el momento en que alguien se atrevió a poner en duda la bondad de un sistema filosófico impuesto por la fuerza y al servicio del opresor, ya el continente empezó a tener una vida mental propia. Rudimentaria, si se quiere, naciente, vacilante, pero ya al menos suya, enfocada hacia su historia, untada de su realidad.

La filosofía europea campeó durante la colonia, cuando ya diferentes comunidades religiosas se establecieron en nuestro suelo para, entre otras cosas, formar humanistas. A ese estudiante de hace cuatro siglos se le enseñó a pensar en el mundo tal como lo veía Europa; a pensar en un hombre con el ancestro histórico europeo. Pero nunca se le dio oportunidad de pensar como indio, porque el pensamiento indio había sido borrado de todos los rincones de la historia; ni se le permitió pensar como negro porque al esclavo no se le otorgaba capacidad de raciocinio. Así que el único que podía pensar —y no sólo pensar sino pontificar y decidir— era el español. Nuestros alumnos, hijos de indios, de negros, zambos, mulatos, cuarterones; nuestros muchachos mestizos y americanos pensaron como europeos y después filosofaron siguiendo a Platón o a Sócrates o a Tales de Mileto. Pero ninguno pensó en examinar, pongamos por caso, la filosofía del derecho implícita en el código de Nemequene, ni la filosofía vital encerrada en las concepciones de los negros de Angola, ni mucho menos lo que podría salir de esas disímiles corrientes del pensamiento. Así que la filosofía europea le fue impuesta al mestizo americano sin consultas de ninguna especie.

Esa filosofía encerraba un modo de vivir, de morir, de esperar, de explicar al hombre en su tránsito por el mundo y de explicar el mundo en cuanto a camino para el tránsito del hombre. Pero ese hombre arquetípico de la especulación filosófica era

un hombre americano con un vestido europeo; era un mestizo al que se le enseñaba la importancia de la limpieza de sangre; era un heredero de los muiscas al que se le explicó que sus antepasados habían sido bárbaros, y que todo pensamiento debía calcar sobre el patrón establecido en Europa. Así, el hombre americano empezó a ser inauténtico, a vivir de prestado. No sólo en su tierra, de la que acabaron despojándolo, sino en su mente, que acabó convirtiéndose en un feudo con parcelas cuyas líneas divisorias estaban trazadas conforme a la mentalidad del invasor.

Y pasaron siglos. Sólo hasta hace muy pocos años se empezó a buscar el ser auténtico latinoamericano. Y todavía hace menos tiempo que se comenzó a creer que ese hombre, ese ente pensante y sufriente debía tener una explicación propia, para los fenómenos de su historia; es decir, que ese hombre no podía negar su historia, si quería —a través de ella— encontrar el camino que lo llevara hacia sí mismo. Y así empezó a nacerle al mestizo una necesidad de ser hombre, por sí y para sí, en sí y desde sí. No hombre porque el europeo le había aplicado finalmente ese calificativo en los avatares de la conquista, sino hombre porque así se sentía y porque se sabía capacitado para razonar por su propia cuenta y para participar cotidianamente en el proceso de la creación. Y de este convencimiento nació un afán de reevaluar la historia, y se empezó a reivindicar al indio como raíz primigenia del ser latinoamericano.

Ahora, esa historia que nos negaron ha ido siendo repensada; las conclusiones varían a medida que el tiempo pasa y que se cuenta con nuevos elementos de revisión, de análisis histórico, de hermenéutica. Es decir, hemos llegado al punto ideal para retomar las riendas de nuestro pensamiento a partir de nuestra historia; hemos logrado comprender y aceptar la trascendencia del mestizaje.

¿Pero, al comprenderlo, qué encontramos? Que América Latina es un mundo dependiente, un continente dominado; que todas las fuerzas ideológicas han estado entregadas al dominador y han sido utilizadas por él en un proceso de explotación que cubre varios siglos; que la filosofía —como intento de explicación del hombre— ha estado —como la religión— al servicio de los poderosos, y que ha obrado siempre para una minoría dominante, como elemento de opresión, en contra de una mayoría silenciosa, esclavizada en un comienzo, y comprometida después con un sistema político y económico que la explota a su antojo. Es decir, que esa filosofía, esa religión, esa política, en fin ese sistema imperante en todo el continente, es apenas una prolongación de la colonia, que convierte al hombre de América en un sujeto pasivo de cualquier transformación cultural, ajeno lógicamente a ella, aunque en última instancia sea su destinatario y su causa.

Así las cosas, consideramos que el primer paso que debe dar el filósofo empeñado en buscar la verdad y conceptualizarla, es el de comprometerse a fondo en la tarea de la liberación. Un pueblo dominado jamás podrá tener un pensamiento diferente al de su dominador. Por el contrario, un pueblo libre buscará la forma de pensar adecuada a sus necesidades, que aclare todos los conceptos y que impulse su desarrollo. El filósofo de este continente y de este momento no puede ser el místico que se

encierra a meditar en verdades trascendentales, sino que tiene que descender de su torre de cristal, mezclarse con la gente, ser él mismo un mestizo, y con esa mentalidad utilizar las herramientas de su pensamiento en la búsqueda de la verdad.

No quiere decir esto que debamos desconocer la trayectoria del pensamiento humano desde sus comienzos hasta la invasión, ni el avance logrado desde entonces en diversos países del mundo. Si tal hiciéramos estaríamos cayendo en aquello mismo que criticamos. Lo que debemos hacer es aprovechar los elementos latinoamericanamente aprovechables de esos sistemas, y ponerlos al servicio de nuestra realidad histórica.

Por consiguiente, tenemos que aceptar que para conformar nuestra propia reflexión filosófica debemos partir de nuestra historia que, en el fondo, no es sino la de un colonaje prolongado que determina una situación —vigente en la actualidad— de dependencia en todos los órdenes. Y por último hay que aceptar que la única aplicable a América Latina, sin traicionar su realidad, es una filosofía de la liberación, que luche por darle al hombre una medida exacta de su dignidad y de su proyección en el tiempo. Porque un pueblo esclavo jamás podrá producir una filosofía, ya que ésta, por naturaleza, es un ejercicio de libertad.

Y ahora, con miras a terminar estos apuntes, veamos este proceso desde otro ángulo: el de la religión.

Para el indio los dioses eran sus aliados; los que propiciaban las cosechas, los que brillaban en el cielo, los que aclaraban la noche; estaban con ellos, los acompañaban, se dejaban ver; daban el maíz y daban la lluvia, ofrecían la fertilidad de la tierra y les daban la posibilidad de acercárseles a través de los sacrificios y de las ofrendas. Eran, pues, dioses amigos.

Y de repente, sin saber cómo ni por qué, al indio pretendió cambiársele todo su panorama interior. Sus dioses tutelares fueron considerados como demonios, y se le impuso por la fuerza un Dios concepto, lo que ya de por sí quiere decir un Dios difícil. Y como si esta imposición hecha sin preámbulo alguno, en un idioma extraño, con unas razones incomprensibles, no fuera suficiente, se le dijo que ese Dios estaba de parte de los invasores, venía con ellos, los respaldaba, les hacía ganar las batallas, y en cambio estaba en contra de los invadidos porque no tenían voz para adorarlo, porque no se sometían a sus dictados y a sus órdenes, porque no permitían el saqueo de sus templos en donde estaba el diablo, porque no entregaban a sus mujeres para satisfacer (eso sí luego de bautizarlas) las urgencias biológicas del hombre blanco, que con el respaldo de ese Dios hecho a su imagen y semejanza se tornaba todopoderoso. De ahí nació la dicotomía cristianismo-esclavitud.

Si a esto se añade que los predicadores le dijeron al indio que la autoridad viene de Dios, tenemos completo el cuadro para la dominación. Es decir, que la nueva fe le sirvió al indio como un elemento de reconciliación con su estatus inferior; aceptó,

porque tal era la voluntad del Dios de los invasores, que su destino era ser miserable, era convertirse en bestia de carga, era morir en los túneles de las minas, era dejarse encerrar en los corralones de los resguardos donde se moría poco a poco como se mueren casi todos los animales enjaulados. El indio, el recientemente converso aborigen, no tuvo otro remedio que resignarse en Cristo. La religión estaba una vez más al servicio del poderoso y en contra del débil; que fue exactamente lo contrario de lo que predicó Jesús en Galilea.

¿Y cómo se le siguió enseñando la religión al mestizo? Se privó al indio de sus dioses, se despojó al negro de sus creencias. Y entonces a indios bautizados a la fuerza, a negros vendidos como semovientes en los mercados, a hijos de la violación inicial del blanco sobre la india o sobre la negra se les enseñó una religión de quietismo, de resignación, de conformismo, que niega por completo al hombre.

Para el mestizo Dios se transformó en un tapahuecos, en un prestamista, en un recurso; y por acudir a él en esos sentidos de utilización, casi de domesticación, el hombre se fue haciendo cada vez más inútil. Encargó a Dios de que hiciera lo que él como hombre no podía hacer, y se convirtió en un ser muerto, envuelto en la mortaja fatal de la resignación.

Así, la filosofía que se haga en América Latina diferirá de la filosofía tradicional, impuesta a estas tierras en la misma forma arbitraria en que se impuso una religiosidad opresora, en cuanto tendrá que ser una filosofía de cambio, beligerante y combativa. Una filosofía que le permita al hombre nuevo encontrar el rostro verdadero de Dios debajo de la careta con que lo disfrazaron para utilizarlo; que le dé la posibilidad de reconquistar su pasado, su madre América, para reevaluar su ser auténtico; y que por último lo capacite para iniciar en todos los terrenos una lucha de libertad.

Sólo así: sólo propiciando una revolución humanista, esto es, una revolución que tenga por centro, por destinatario y por beneficiario al hombre; sólo reivindicando para el continente el rostro del Dios liberador a través de una denuncia valiente del dios opresor —que sigue presente—, del dios militarizado, del dios político, del dios económico, del dios aliado con los detentadores del poder; sólo sacando al hombre de su conformismo, de su atonía espiritual para incorporarlo activadamente en el proceso cotidiano y dinámico de la creación; sólo abogando por una autenticidad total en un camino de verdad y de liberación, podrá explicarse y justificarse la filosofía latinoamericana".

meno de este continente. Que no lo fue en verdad, porque mil años antes de la invasión, diez o veinte mil años antes, cuando los amos —más que ahora— explotaban a los siervos, la brujería fue una forma de protesta de los campesinos contra la dominación de los poderosos. En la noche del sábado el campesino, que había vivido una semana entera de necesidades y de ofensas, daba rienda suelta a su ser interior, se burlaba del señor feudal, adoraba un fetiche que representaba a su amo convirtiéndolo en rey de burlas, desafiaba su autoridad y hacía lo contrario a lo que el amo quería imponerle. De esta forma, la hechicería fue un movimiento de protesta contra una situación oprobiosa de dominación. Además, hay que recordar que casi no hubo sino hechiceras. Esto es, que ese movimiento de independencia, porque no encuentro otra manera de llamarlo, fue puramente femenino. Es decir, que brujería y mujer son dos conceptos que han ido andando de la mano a través de miles de años.

La razón de esa unión es bien sencilla: el hombre tenía que labrar la tierra; la mujer quedaba sola en su casa. Fue ella la que tuvo tiempo para soñar, para desear un cambio, para llamar en su auxilio a ese antiguo dios de los cuernos, de la fecundidad, del hogar. Un dios de las viejas religiones, de las primeras tribus, que luego la Iglesia católica asimiló al demonio, para desprestigiarlo, así como hizo la misma asimilación, con el mismo objeto, con todos los dioses de los indios.

Lo de Cartagena fue algo diferente en apariencia, pero en el fondo igual. Diferente por cuanto la brujería latinoamericana no es la misma de Europa, e igual puesto que también nace como una afirmación de libertad frente a un sistema esclavista. La brujería nació en los fétidos entrepaños de los barcos negteros; nació como un rezago de las viejas creencias indias; nació de la semilla colocada en las carabelas por los marineros ignorantes, los clérigos asustadizos o los inquisidores que vivían de la superstición. De tal forma que también nuestra brujería es profundamente mestiza.

Para el ansia de prender hogueras que tenía don Juan de Mañozca, el de los ojos de cernícalo, el segundo paso sería seguir a una bruja por los manzanillos de la ciénaga, o por los difíciles vericuetos de Getsemaní.

—¿Y los comuneros? Si la revuelta originada en el corregimiento de Tinta en el año de 1780, y organizada por don José Gabriel Condorcanqui Noguera tuvo como miras volver por los pisoteados fueros de los indios del Cuzco, la que se inició en el Socorro el viernes 16 de marzo de 1781 tuvo unas intenciones claramente sociales. Galán, hijo del gallego don Martín y de la mestiza Juana Francisca Zorro, es uno de los personajes más apasionantes de nuestra historia; y si vamos a decir la verdad, uno de los más olvidados, lo cual no es de extrañar porque siempre la historia la escriben los vencedores, y Galán fue un vencido.

Pero no lo vencieron derrotándolo, sino traicionándolo. Y por eso su figura sigue siendo el símbolo del inconformismo, en cualquier rincón de América, puesto que sobre las clases populares del continente siguen pesando alcabalas y barloventos, y sobre todo, porque no se les da ni voz ni voto.

En estos momentos, los representantes de la clase marginada tienen aún la quejumbrosa voz de los que fueron vencidos desde la conquista. Es curioso que aún haya triunfadores y derrotados, pero es evidente. Y es en esta clase silenciada donde Galán sigue siendo tan actual como nunca. Ahora permanece más vivo que en Chaguanete antes de que las balas de los criollos lo cercaran; continúa más firme y batallador que en la vieja Santa Fe sobre el cadalso a donde lo condujo el miedo de sus verdugos, que es el mismo miedo que pesa sobre los hombros de los opresores en todos los países del mundo y en todos los tiempos de la historia.

Entonces, para acercarnos a esa magnífica figura del héroe charaleño, tendríamos que acompañarlo en la dimensión épica de su lucha.

Así tendría yo un cuadro completo de ese mural de la historia verdadera de América; el mural que una vez, hablando con Amanecer, le dije que tendríamos que pintar con nuestras palabras, no sólo como testimonio de nuestra lucha, sino como espejo para que el hombre de hoy pueda mirar su pasado y aprenda a sentirse orgulloso de él.

Y esos tres círculos de opresión, ¿qué han dejado? Un hombre abocado a la liberación; necesitado de romper con todo aquello que ha venido negándolo. Nosotros (Amanecer, y yo, y con el mismo derecho todos los latinoamericanos) estamos pisando los umbrales del cuarto círculo, que tiene que ser el último y el primero. El último por cuanto aún quedan restos de opresión, y el primero en el camino nuevo hacia la libertad.

Lo que nos aguarda no es fácil. Tenemos muchas cosas que reivindicar, empezando por nosotros mismos. La muerte de Dios lleva implícita la muerte del hombre. Pero si matamos al Dios-opresión, mataremos la opresión en el hombre, es decir, lo liberaremos. Morirá el hombre-opresión y nacerá inmediatamente el hombre-liberación. El Dios liberador señalará las vías nuevas para el hombre nuevo, y cuando esto ocurra asistiremos a la verdadera resurrección.

Pienso que el hombre, como ser angustiado, lucha diariamente contra su angustia; que la religión es un intento de explicar por qué y para qué vive; que en cierta medida es un deseo de trascender, de vengarse de su fugacidad; que en todo ser humano, aun en el más elemental, hay una pregunta sin respuesta, y que ese ser trata de engañarse inventando la respuesta de la religión que, curiosamente, sólo sirve para abrirle otras preguntas; que la filosofía será siempre una ciencia sin final, porque cuando pueda explicar el por qué y el para qué del hombre ya no tendrá justificación, puesto que sólo la justifica su incapacidad para una explicación definitiva. Pienso que la religión no debe ser cadena ni candado sino camino y horizonte, que no debe ser limitación y miedo sino libertad y esperanza. Y que no es la imposición religiosa la que ayudará al hombre, sino la amplitud de una mano tendida en las tinieblas, la lumbre de una mirada encendida en esta helada noche en que avanzamos con la ilusión de una luz que no nos llega. Pienso que el hombre necesita creer para no precipitarse

en una desesperación absoluta, porque si es sólo una eterna pregunta sin el más leve asomo de respuesta nada tiene que hacer en este mundo.

Y así, veo que casi sin proponérmelo, he ido terminando las pautas de ese trabajo que quizá me decida a comenzar un día, y sobre el cual, no una sino muchas veces, tendré que volver. Yo sé que volvemos, porque el hombre es un pequeño círculo de tiempo rodeado de eternidad por todas partes. Y mientras más pequeño sea ese círculo donde debe desenvolverse, más incomprensible, grande y terrible se hace el concepto de eternidad. Es curioso que al hombre se le hubiera dado la lúcida conciencia de su finitud, solamente para que se sintiera tentado a compararla con la eternidad. Desde su nada, el hombre que piensa se angustia por la certeza de su transitoriedad, y por eso vuelve hacia lo que un día constituyó un motivo vital, y que ahora —desde su ahora que es apenas una pausa en la respiración enorme del tiempo— es un montón de recuerdos sobre los cuales reclina la cabeza, como sobre el pecho de la madre o sobre el hombro de una mujer que se ama.

Quizá necesite de la soledad y la bendiga porque en ella se puede crear, y bendiga el silencio donde el hombre recupera su noción de ser un habitante de sí mismo. Y quizá también todo lo cuente, lo aúne, lo escriba, lo consigne, aun cuando sólo sea para justificar estos caminos duros de la vida, que desemboca en la eternidad y en el olvido.

Y el Camino sigue Caminando

70. Segmento del Capítulo V

pp. 306 a 309

Amanecer Domínguez vio que faltaban diez minutos para las cinco en su pequeño reloj de pulsera. Salió de la estancia y se sentó junto a las raíces del arrayán, mientras adentro Fabricio continuaba inclinado sobre la máquina cuyo ruido matemático alejaba por momentos el distante clamoreo de las sirenas o el ladrido ya de terror con que *Canelo* parecía apremiarlos en el comienzo del camino. Pensó en su tesis, en los libros de Fernando Galván, voz de una América muda y asustada; en los mamotreos de historia que había leído buscando en el pasado las huellas de mujeres como ella, también en determinadas circunstancias enfrentadas a la duda y a la perplejidad; en la vida cotidiana de los muiscas que sólo conocieron la paz de las estaciones, el ciclo de las siembras y de las cosechas, las ceremonias religiosas que los acercaban a dioses comprensibles que les daban el calor y la luz y los alimentos y la vida, las costumbres funerarias que indicaban un respeto profundo por la persona como tal y la certeza de una vida nueva, su manera de organizarse en confederaciones políticas de una alta significación para la colectividad, las castas dominantes de los jeques y de los güechas que vigilaban las fronteras, sus hombres y mujeres que habían pensado y amado y esperado y a los que otros hombres destruyeron en el curso de pocos años;

pensó que esas tierras que ahora ocuparía el agua de la represa habían sido cruzadas por los pies descalzos de esos indios muchos siglos antes; que desde el ventanal sin puertas de la pared podía divisarse la colina de los orfebres, la laguna sagrada, los caminos que hasta ella conducían desde diferentes lugares del territorio chibcha, el templo y los cercados, los bohíos y las granjas, los patios y los jardines llenos de flores encendidas; pensó que Furachogua y Zhúe y Chía y Chibchacum y Cuchavira y los dioses que constituían un olimpo trascendente habían regido con mano bondadosa los destinos de un pueblo hasta que extrañamente lo precipitaron en lo que podría tomarse como el fin de una de las edades dentro de ese concepto circular del tiempo que fue común en las culturas de América, para las cuales el aire, la tierra, el fuego y el agua constituyeron los elementos primigenios con que trabajaron los arquitectos de la creación, y lamentó no haber vivido entonces, no haber sido una de las tiguyes en el cercado del cacique para asistir a los sacrificios y a los complicados ceremoniales a través de los cuales los jeques se ponían en contacto con un mundo explicado en función del hombre y de su relación directa con la Naturaleza. Luego pensó en el proceso del mestizaje, en la llegada de la negrería, en que también ellos, como los indios, tenían otras creencias y otros dioses que nadie les había querido reconocer; en su propensión a la danza como elemento plástico y al mismo tiempo como vía de acceso hacia las divinidades iniciales; en su magia especial que al unirse con algunas de las creencias sobrevivientes entre los últimos indios y con la superchería del español avivada con las llamas de las hogueras inquisitoriales había dado una simbiosis de brujería especial y única, irrespetuosa si se quiere, bullanguera y satírica, presidida por el gran Buziraco que ahora parecía proyectarse en una serie de brujas menores que abusaban de su nombre, de hechiceras de relumbrón, de cartománticas y quirománticas que vivían gracias a la ingenuidad de la gente que, acostumbrada a no luchar por sí misma, acomodada con el Dios tapahuecos que le habían enseñado se recostaba sobre su indiferencia a esperar que otros actuaran en su lugar, que les allanara el camino de la realización como personas desconociendo que ese camino hay que hacerlo cotidianamente para que nadie tenga derecho a disputárnoslo, para que podamos sentirnos responsables del desarrollo diario de la creación, no sólo la nuestra en función de nosotros sino la nuestra en relación con todo lo que nos circunda; pensó en la tragedia de la esclavitud que había venido prolongándose sobre América en una forma puramente económica, porque había pocos ricos y en cambio existían millones de proletarios que no tenían otro remedio que vender su fuerza de trabajo en un proceso esclavista que constituía una verdadera vergüenza histórica; pensó que ella habría querido conocer ese mundo, asistir a las juntas de los viernes en los manzanillos de la ciénaga, aprender los conjuros mediante los cuales los negros se unían a sus muertos y a sus dioses y sufrir en su piel y en su alma el proceso étnico y cultural del mestizaje para sentirse más americana, más ligada a la tierra; o recorrer mares y distancias y paisajes traída en una carabela desde las costas de Moguer con un ensueño al hombro, con el entendimiento abierto para los desconocidos horizontes del mundo nuevo, y tal vez esconder en el fondo de sus pocas pertenencias unas castañuelas que le habrían palpitado como negros corazones dentro de las manos en los bailes de un tablao flamenco en los festivales de Andalucía, y llegar a las costas y encontrarse de súbito con que había desembarcado en un mundo terrible y misterioso donde todo era

desconocido para ella, y mezclarse por fin con ese elemento fascinante de la magia y del baile y del conjuro y de las abigarradas esculturas y de la insumisión y del cimarronismo y de la revuelta. Siguió meditando sentada junto a la raíz perfumada del arrayán que habría sido feliz conociendo a los héroes de las primeras insurrecciones americanas; pensó en Tupac Amaru que quiso reivindicar al indio del Cuzco, oprimido, desposeído, hacinado en las minas del Potosí para que se muriera produciendo para otros; y en José Antonio Galán, el capitán por excelencia que con una visión ejemplar pudo adivinar el destino futuro de los habitantes del Nuevo Reino y quiso redimirlos desde su raíz misma; en los veinte mil hombres acampados en el Mortiño que se dispersaron sin una sola voz de protesta ante los falsos juramentos de los comisionados de la Real Audiencia secundados por el arzobispo Caballero y Góngora; en el suplicio horrendo a que fue sometido Tupac Amaru y en el crimen monstruoso cometido contra Galán; en sus miembros dispersos por los caminos de América para recordarle a las generaciones futuras que todo redentor de los oprimidos es solamente un crucificado en potencia; y soñó con ser compañera o amiga o amante de Galán, o su esposa o su madre o su confidente para haberlo sentido palpar junto a ella, para haber compartido con él los sueños de libertad que no habían pasado de ser sueños porque América Latina desgraciadamente había sido formada desde sus comienzos con el concepto de la dependencia y de la esclavitud y de la sumisión y de la obediencia.

Recopilando sus recuerdos y las extrañas vivencias que habían desatado en ellas las investigaciones y las lecturas, llegó a la conclusión de que así como al indio se le había despojado de su ser, al hombre actual ese mismo ser continuaba negándosele, porque si un hombre se sabe responsable de sí mismo y comprometido en el proceso de existir, no es fácilmente manejable; concluyó también que si al negro se le suprimieron los dioses y se le desconocieron sus tradiciones, al hombre de hoy se le niega la posibilidad de emprender una búsqueda de su verdadera identidad espiritual y se le desconoce cualquier derecho a mezclarse en la forma como los amos de turno lo gobiernan; y por último pensó que si a los comuneros se les dominó mediante la traición y se les cargó nuevamente de pechos y alcabalas, al hombre de esta época se le carga con impuestos y retenciones y se le traiciona al destinar esa contribución forzosa no al mejoramiento de sus condiciones de vida sino al lujo y a la gula de los explotadores. Entonces regresó de su viaje por tres círculos de la historia y se dio cuenta que ella se encontraba ubicada en el cuarto círculo y que con su sacrificio inútil y la muerte de Fabricio estaba a punto de romperlo. Si los muiscas habían sido borrados por la fuerza del invasor; si los negros habían sido subsumidos y silenciados en su simbiosis con el blanco; si los comuneros fracasaron porque a su fuerza se enfrentaron el engaño y la hipocresía, ella no podía permitir que naufragara el nuevo intento de libertad en que todos estaban trabajando. Era la última oportunidad para el hombre de América. Si ahora no tomaba conciencia de sí mismo, si no se amistaba con el pasado de su madre aborigen, si no era capaz de encontrar un camino para las luchas del espíritu diferente a la imposición de una religiosidad entregada al arbitrio de los poderosos, si no rompía las mordazas con que los nuevos amos del continente lo habían privado de la facultad de interpretar sus realidades, no tendría derecho en adelante ni siquiera a una queja.

Recordó unas palabras de Galván, como si el novelista estuviera murmurándoselas al oído: "Yo pienso que el hombre es un desamparado, pero de ese desamparo tiene que sacar la fuerza necesaria para buscar una senda. Y esa senda, a mi modo de ver, desemboca en una filosofía de libertad, en una teología de claridades. No podremos ser auténticos mientras continuemos matriculados en la dependencia, ya sea de gobiernos o de religión".

Repasándolas se paró, decidida. Entró al cuarto de los castigos, cogió el libro de posesiones y decretos y echó dentro de sus pastas las hojas que había estado mecanografiando Fabricio. Lo miró con intensidad como deseando comunicarle su determinación de vivir y de batallar, y hacerlo partícipe de los recuerdos y meditaciones y esperanzas que la impulsaban a huir del inminente peligro del valle; pero sin decirle una sola palabra lo tomó de la mano y tiró de él hacia donde *Canelo* continuaba esperándolos. Pensó que si las generaciones anteriores habían sucumbido, borradas por la autoridad despótica de los opresores, la suya tenía que empezar a recorrer el camino de la verdad, el único por el cual el hombre latinoamericano podía encontrar su ser auténtico para empezar la construcción de su futuro. Y cuando volvió a mirar hacia atrás, ya iniciado el ascenso por la antigua colina de los orfebres, oyó los rugidos del agua y supo que así tendrían que unirse todas las voces inconformes, para despejar con su grito de libertad los horizontes de América".

Recuerdo unas palabras de Galdós, como si el novelista estuviera mirándome al oído. Yo pienso que el hombre es un desamparado, pero de ese desamparo tiene que sacar la fuerza necesaria para buscar una salida. Y esa salida, a mi modo de ver, descubre en una filosofía de libertad, en una tecnología de ciudades. No podemos ser auténticos, nuestras contiendas materiales en la época actual, si sea de posición o de dignidad, sino que se refieren al mundo en su totalidad.

Respecto a las se parís de la ciudad, fíjate el cuadro de los siglos, según el libro de posiciones y de otros y otros dentro de sus países, los países que hablan estado resaca- gando fabrico. Lo más importante como descubierto en la historia es la historia de la vida y de la muerte, y hacerle partícipe de los recuerdos y meditaciones y esperanzas que la humanidad a lo largo del tiempo ha ido haciendo. Pero sin decir una sola palabra lo comó de la mano y fíjate de él hacia donde Cayo construye ciudades. Fíjate que si las construcciones anteriores habían sido por la autoridad después de los apóstoles, la nueva tenía que empezar a recorrer el camino de la verdad, el único por el cual el hombre hispanoamericano podía encontrar su ser auténtico para empezar la construcción de su futuro. Y cuando volvió a mirar hacia atrás, ya iniciado el camino por la historia común de los siglos, ojalá los siglos del agua y del fuego que así tendrían que unirse todas las voces inconformes para empezar con un grito de libertad los horizontes de América.



COLECCION

"NUEVAS LECTURAS DE HISTORIA"

- No. 1 Jean Pierre Minaudier, *Fernand Braudel o la Nueva Historia.*
- No. 2 Jorge Palacios Preciado, *La Esclavitud de los Africanos y la Trata de Negros, Entre la Teoría y la Práctica.*
- No. 3 Javier Ocampo López, *Los Catecismos Políticos en la Independencia de Hispanoamérica, De la Monarquía a la República.*
- No. 4 Pedro Gustavo Huertas Ramírez, *Los Estudios de Historia Regional en Boyacá, Esbozo Preliminar con una Reseña Bibliográfica General.*
- No. 5 Fernando Soto Aparicio, *La Estrecha Relación entre Literatura, Filosofía e Historia ¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?*

FERNANDO SOTO APARICIO



Nacido en Socha (Boyacá), el 11 de octubre de 1933, escritor desde los 17 años, es uno de los valores más destacados de la literatura colombiana y latinoamericana. Con motivo de su ingreso como Miembro Correspondiente de la Academia Boyacense de Historia, el 22 de abril de 1988, Soto Aparicio escribió algunas consideraciones sobre la estrecha relación existente entre Literatura, Historia y Filosofía, aplicándolas a las 18 novelas que representan una parte de su prolífico aporte a la mejor comprensión del mundo y del hombre latinoamericano. En esta intervención, el escritor boyacense hace la presentación de dichas

novelas, las cuales relacionamos aquí según su orden de aparición: **Los Bienaventurados** (1960), **La Rebelión de las Ratas** (1962), **Mientras Lluve** (1963), **Después Empezará la Madrugada** (1963), **Mundo Roto** (1964), **El Espejo Sombrio** (1965), **Viaje a la Claridad** (1967), **Viva el Ejército** (1968), **Proceso a un Ángel** (1969), **La Siembra de Camilo** (1970), **Viaje al Pasado** (1971), **Puerto Silencio** (1971), **Los Funerales de América** (1977), **Camino que Anda** (1978), **Hermano Hombre** (1980), **La Cuerda Loca** (1985), **La Démonia** (1987) y **Palabra de Fuego** (1988).



En esta entrega, **NUEVAS LECTURAS DE HISTORIA** incluye, además, el texto de la conferencia "¿Cómo se investiga para una Novela Histórica?", redactada en respuesta a los requerimientos del Programa de Magister en Historia de la UPTC y, en el Anexo Documental, apartes de la novela **Camino que Anda**, una de sus producciones de mayor contenido histórico.